

MAGNO



VIAJE POR COLOMBIA EN 1912

**Ríos Magdalena, Bogotá, Cauca,
San Juan y Atrato**

CARL H. EIGENMANN

**Traducción, presentación y edición
académica de Daniel Gutiérrez Ardila**

**Universidad de los Andes
Universidad del Norte**

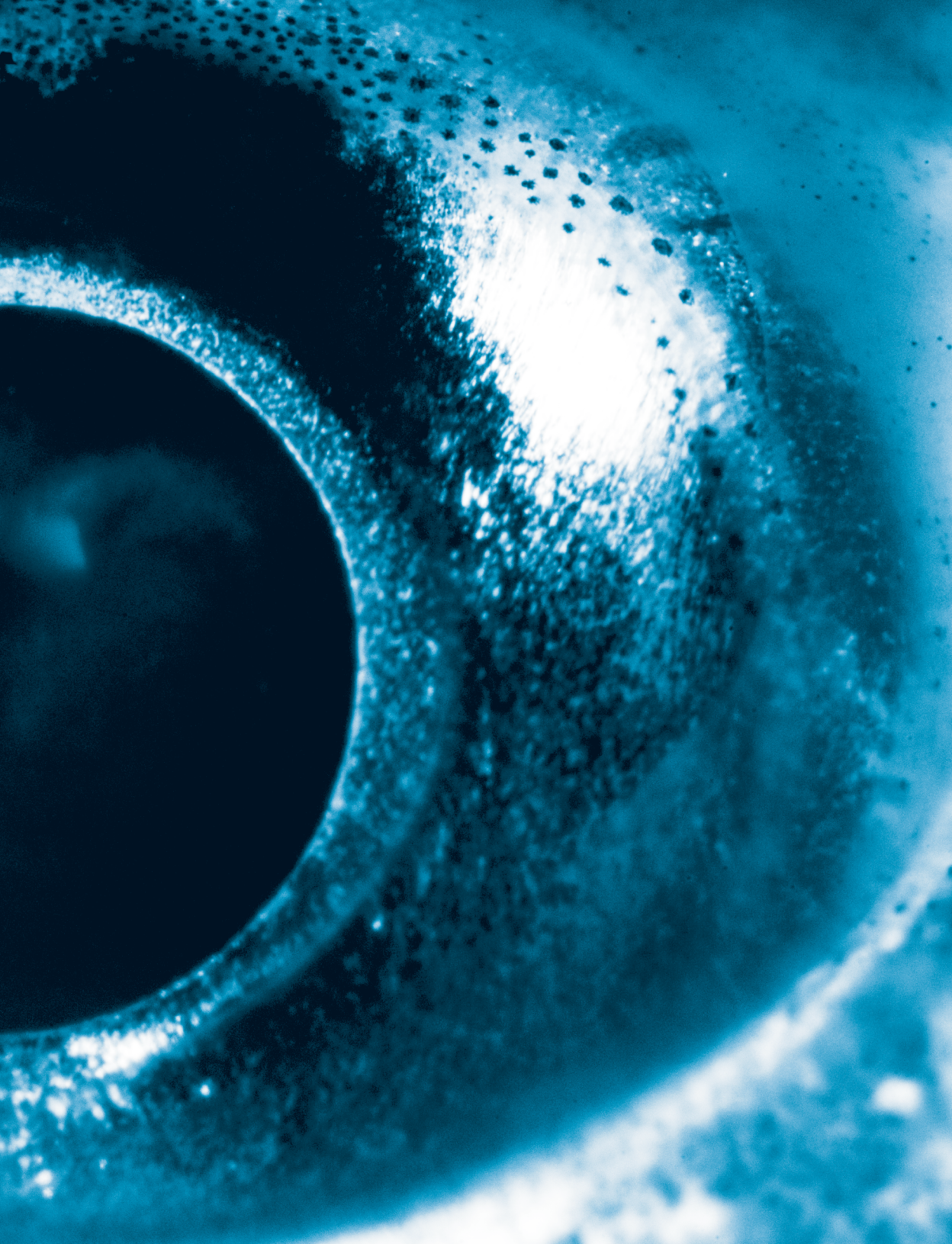


***Brycon henni* (sabaleta)**

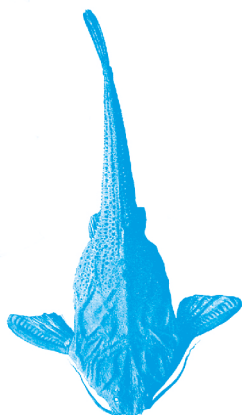
Especie descrita por Eigenmann en 1913

Fuente: fotografía de Jorge E. García Melo y Luis J. García Melo.

Proyecto CaVFish, Colombia.



MAGNO



VIAJE POR COLOMBIA EN 1912

**Ríos Magdalena,
Bogotá, Cauca,
San Juan y Atrato**

CARL H. EIGENMANN

Traducción, presentación y edición
académica de Daniel Gutiérrez
Ardila

Universidad de los Andes
Universidad del Norte



Gephyrocharax melanocheir

Especie descrita por Eigenmann en 1912

Fuente: fotografía de Jorge E. García Melo y Luis J. García Melo.
Proyecto CaVFish, Colombia





Carl H. Eigenmann (s. f.)

Fuente: cortesía de Indiana University Archives.

1

PÁG 23

Viaje por Colombia en 1912

Carl H. Eigenmann

Camino a Bogotá

El Alto Magdalena y la sabana de Bogotá

De Bogotá al Pacífico

De Buenaventura a Cartagena

2

PÁG 121

Sobre el legado de Eigenmann

Eigenmann: una mirada personal un siglo después

Carlos Andrés Lasso Alcalá

Del pasado al futuro de la ictiología de agua dulce en Colombia

Jorge E. García Melo,
Luis J. García Melo,
Carlos DoNascimento
y Francisco A. Villa Navarro

3

PÁG 153

Anexos

Anexo 1

Daniel Gutiérrez Ardila

Anexo 2

Carlos Andrés Lasso Alcalá

Notas 167

Referencias 189

Los autores 195

Prólogo 11

Carlos Daniel Cadena

Presentación 17

Daniel Gutiérrez Ardila

Prólogo

Carlos Daniel Cadena

Si no fuera por los pequeños peces, muchas partes de América tropical serían inhabitables. Esta es la excusa que he fabricado –cuando se requería tener una excusa– para dedicar todo el tiempo que podía robarle a mi familia, a mis estudiantes y a mi institución a recoger y contemplar los peces de los ríos y lagos de Suramérica. Pero la investigación pura ya no requiere excusas, pues de ella han resultado beneficios inesperados, pero perdurables, para las personas¹.

En una mañana de mediados del 2023, profesores y estudiantes que asistíamos a una salida de campo nos sorprendimos con unos gritos: “¡Compre su boleta para llevarse el monstruo del Magdalena!”. Nuestra sorpresa se convirtió en emoción al ver un animal hermoso en las afueras del mercado de la ciudad de Honda, a orillas del río Magdalena. El monstruo en cuestión era un gran bagre rayado (*Pseudoplatystoma magdaleniatum*) de bastante más de un metro de largo y alrededor de una arroba de peso que había sido pescado en la madrugada.

Tras indagar con los locales, nos enteramos de que quien tiene suerte y captura un bagre rayado grande en esa región no lo vende, sino que lo rifa. Ofrece cada boleta para participar del sorteo por solo 2000 pesos. Mientras llama la atención de los transeúntes y recauda el dinero, el pescador cubre el bagre con un trapo húmedo para que no se pudra bajo el sol ardiente y el calor sofocante que bordea los 40 grados centígrados. La rifa tiene lugar en la tarde, y si el ganador nota que el bagre está descompuesto, el pescador así lo reconoce y le devuelve, sin discutir, el valor de la boleta. Quienes no ganan, no reclaman. Todos quedan contentos.

Un siglo y una década antes de que nos maravilláramos con la historia del mercado de Honda, un naturalista de origen alemán formado en los Estados Unidos viajaba por el Magdalena y exploraba los alrededores de este mismo municipio. Allí encontró un bagre diminuto hasta entonces desconocido para la ciencia que bautizaría como *Pygidium* (hoy *Trichomycterus*) *banneau*, en homenaje a un comerciante francés que apoyó sus actividades. Mientras viajaba, como nosotros, ese mismo naturalista visitaba los mercados de distintas poblaciones colombianas, que para él también se convertían en fuentes de peces y de anécdotas. En el de Bogotá, por ejemplo, encontró peces vivos a la venta, los capitanes de la sabana (*Eremophilus mutisii*) que había descrito Alexander von Humboldt, y se deslumbró con las historias de las mujeres que decían ser capaces de distinguir, con base en su apariencia, los provenientes de lagunas de aquellos originarios de quebradas².

El naturalista era el ictiólogo Carl H. Eigenmann, quien recorrió buena parte del Caribe, centro y occidente de Colombia en 1912 para estudiar sus peces, en busca de respuestas a preguntas científicas sobre las relaciones entre la fauna de los ríos San Juan, Atrato, Magdalena y Cauca, y sobre el origen de las especies que habitan ambientes montañosos de los Andes. El propósito de la expedición de Eigenmann a Colombia, apoyada por el Carnegie Museum y la Universidad de Indiana, era “comprender la relación que guardaba la evolución de la ictiofauna con la orografía”³. Para ello, Eigenmann buscó conocer la diversidad de los peces de las diferentes cuencas y comprender con precisión la distribución geográfica de las especies en relación con el paisaje físico.

La Colombia de 1912 que conoció Eigenmann era muy diferente de la actual. Era un mundo en el que se podía disfrutar de quebradas de aguas cristalinas en Chapinero, la tradicional localidad bogotana. Allí, en una sola jornada, con ayuda de pescadores indígenas, el viajero capturó una cantidad de peces suficiente no solo para gozar de un almuerzo abundante, sino además para documentar el hallazgo de una especie de bagre nueva para la ciencia (*Trichomycterus bogotensis*), un representante restringido al altiplano cundiboyacense de un género de amplia distribución en Suramérica que alimentó su curiosidad. ¿Cómo explicar la presencia de estos peces en las montañas bogotanas?

Los resultados de las investigaciones de Eigenmann, a partir de las colecciones de peces que hizo en Colombia, fueron oportunamente difundidos. Tan solo unos meses después de regresar a los Estados Unidos, todavía en 1912, el prolífico taxónomo ya había descrito cuatro géneros y treinta y una especies de peces colombianos hasta entonces desconocidos para la ciencia⁴. Para 1920, habiendo avanzado de manera sustancial con su labor curatorial y monográfica basada en sus especímenes y los que se recolectaron en otras expediciones que él apoyó, Eigenmann publicó trabajos clave con las conclusiones de sus análisis sobre los orígenes de los peces de las cuencas colombianas. En ellos postuló hipótesis sobre la dispersión de especies desde el Magdalena hacia el Atrato⁵ y sobre el origen común de especies del Magdalena y el Orinoco, con lo que ello implicaba en cuanto a la influencia del levantamiento andino en la fauna de las tierras bajas y en cuanto al origen de las especies que habitan las montañas⁶.

Las preguntas que motivaban a Eigenmann y el trabajo de exploración que le permitiría aproximarse a contestarlas estaban en boga en su tiempo. Por la misma época en que visitó Colombia, el país también era escenario del trabajo de campo del ornitólogo Frank M. Chapman, curador de aves del Museo Americano de Historia Natural, quien lideró una serie de expediciones al territorio nacional entre 1910 y 1915. Chapman tenía como objetivo último descubrir el origen geográfico de la fauna suramericana, pero, como Eigenmann, comprendía que para ello debía incrementar el conocimiento de lo que entonces se llamaban zonas faunísticas, mediante la recolección de especímenes en la

mayor cantidad de localidades posible para representar las principales áreas fisiográficas y climáticas en la distribución natural de las especies. Con base en su análisis de una extensa colección de especímenes de aves recolectados por él y sus colaboradores en más de setenta localidades, Chapman publicaría su monografía sobre las aves de Colombia en 1917⁷, un trabajo icónico para la ornitología y la biogeografía tropical que esbozaría hipótesis sobre la evolución de las aves que continúan influyendo en la investigación contemporánea de manera sustancial⁸.

El trabajo de Eigenmann, como el de Chapman, se mantiene plenamente vigente en el siglo XXI, y es reconocido por ictiólogos y biogeógrafos contemporáneos. Varios ejemplos de su perdurable pertinencia son reseñados en los capítulos complementarios de este libro, en el que tenemos la alegría y el privilegio de dar a conocer una obra hasta ahora inédita en la que Eigenmann narra, en primera persona, su viaje por Colombia. Debido a desavenencias entre Eigenmann y su jefe en el Carnegie Museum, el documento no se publicó en los tiempos del autor y estuvo archivado en la Universidad de Indiana por más de un siglo hasta que pudo ser desempolvado –y traducido al español para su publicación– por el historiador colombiano Daniel Gutiérrez Ardila.

Dada su enorme productividad científica, a la cual yo me había aproximado por mi interés en la biogeografía y mi incursión en el fascinante mundo de los análisis evolutivos, usando peces que a él le interesaban como modelo de estudio⁹, enterarme de la existencia de un manuscrito inédito de Eigenmann me causó gran emoción y curiosidad. Leyéndolo, me cautivó encontrar historias sobre su trabajo y sus recorridos, y sobre su relación con las personas que apoyaron su trabajo en Colombia. Disfruté especialmente conocer sobre el trabajo como colaborador de Eigenmann de Manuel González, un colector antioqueño a quien él mismo describió como una “verdadera joya”. Este naturalista local no solamente fue esencial para el trabajo ictiológico de Eigenmann, sino que también aportó de forma significativa al inventario de la biodiversidad colombiana mediante valiosas colecciones de aves que hizo llegar al propio Chapman. Sobre González aún se sabe muy poco. Su vida y su trabajo ameritan una verdadera investigación que nos permita dimensionar y dar a conocer su legado.

El manuscrito de Eigenmann demuestra que, en su viaje por Colombia, él no solo recolectó peces y tomó notas sobre su historia natural, sino que observó con cuidado los ríos, los bosques, las montañas y, especialmente, las personas y sus modos de vida. Su manuscrito es más que una bitácora de un naturalista que hasta ahora no había visto la luz. Se trata de un documento esencial para comprender la historia de las exploraciones científicas de nuestro territorio y, por qué no, de nuestro país entero. Buena parte de lo que somos como nación es explicable por la relación de nuestros pueblos con los ríos y paisajes que Eigenmann recorrió.

En la salida de campo del 2023 a la que me referí al principio, con mis compañeros de viaje apreciamos cómo lo que pasa con los volcanes Nevado del Ruiz y Cerro Bravo y su conexión con el río Magdalena han determinado lo que es Colombia. Antes de que se desarrollara el sistema de carreteras y el transporte aéreo, la principal ruta de comunicación entre el Caribe y el interior del país era el río Magdalena. Sin embargo, el río no es navegable frente a Honda, pues allí existen unos rápidos formados por rocas que los lajares trajeron desde los volcanes. Por la imposibilidad de los barcos de sortear ese tramo del río, en Honda se establecieron desde tiempos coloniales centros de acopio para los productos que se enviaban a las ciudades por caminos de herradura y posteriormente una infraestructura de comercio con el ferrocarril que sube a Guaduas, camino a Bogotá. Las maderas que se usaron para la construcción, como el iguá (*Albizia guachapele*), provinieron de los bosques secos de la región, que hoy persisten precariamente gracias a la visión de unos pocos.

Allí nos explicaron que las rocas de los rápidos de Honda no solo impiden navegar, sino que también hacen que la subienda de los peces allí sea lenta en comparación con otros tramos del Magdalena. Esto habría hecho posible que allí se desarrollara una economía y una cultura alrededor de la pesca sustentada en especies únicas de Colombia. Esa pesca, que no es productiva durante algunos meses –los lugareños se refieren a esa época como el tiempo del vidrio–, y que era abundante en tiempos de Eigenmann, cada vez es más escasa. Los pescadores hoy tienen vidas duras y las especies como el bagre rayado que conocimos en el mercado y el bocachico (*Prochilodus magdalenae*) van camino a extinguirse.

Así, al explorar Honda y sus alrededores, nos encontramos no solo con la biodiversidad y el territorio actual, sino también con las huellas del pasado que han configurado nuestra comprensión del mundo natural y que han moldeado nuestras sociedades. Entendimos que montañas, ríos, rocas, gentes, caminos, ciudades y, claro, peces, son un continuo. La búsqueda de entender, de hacer conexiones, sigue viva. Nos guían aquellos que, como Eigenmann, nos enseñaron a ver el mundo con curiosidad. Esperamos que la obra que estamos dando a conocer contribuya a preservar su legado e invite a las nuevas generaciones a explorar y descubrir (y redescubrir) el rico patrimonio natural de Colombia.

Presentación

Daniel Gutiérrez Ardila

Carl H. Eigenmann (1863-1927), alemán de nacimiento, estadounidense por naturalización y uno de los ictiólogos más importantes de la historia, recorrió una parte de Colombia en 1912 durante tres intensos meses. Se trataba de un viejo proyecto, concebido veinte años atrás y fundado en el convencimiento de que el país era clave para comprender los mecanismos evolutivos y los procesos de distribución de los peces de agua dulce¹. Esa hipótesis, a la que había llegado cuando estudió en Harvard las colecciones realizadas en el Amazonas por Louis Agassiz, fue confirmada muchos años después, al explorar los ríos de Guayana Británica (hoy Guyana) en un viaje definitivo para su carrera².

Haciendo uso de una licencia de la Universidad de Indiana, donde era profesor, Eigenmann se dirigió primero a Nueva Orleans, ciudad a la que llegó el 23 de diciembre de 1911. Navegó con destino a la novísima República de Panamá, visitó, como un turista más, las obras del canal y se embarcó hacia Cartagena

a inicios de 1912. Su proyecto inicial era inspeccionar primero las cuencas del Atrato y el San Juan, para proseguir por la del Cauca y finalizar con la del Magdalena. Sin embargo, complicaciones con la Aduana colombiana y la inusual sequía de aquel año trastocaron los planes del ictiólogo y lo obligaron a hacer su itinerario al revés.

En consecuencia, tras llegar en tren a Soplaviento, a orillas del Canal del Dique y comenzar allí sus recolectas, Eigenmann remontó el Magdalena a bordo de un vapor hasta La Dorada, capturando especímenes cada vez que se le presentaba la ocasión. Pasó a Honda en ferrocarril y desde allí a Girardot en tren, en automóvil y en barco. Ascendió a la sabana de Bogotá, empleando también el ferrocarril y un carro descapotable. Tras pescar en Chapinero, Suba y Madrid, retornó a Girardot, y en mula atravesó el departamento del Tolima para trepar a la cordillera Central por el Paso del Quindío, y bajar a continuación al valle del río Cauca, aumentando poco a poco su precioso botín. Recolectó peces en Cali y trasmontó la cordillera Occidental, igualmente en mula, escrutando las corrientes afines al Dagua, antes de que otro tren le permitiera alcanzar, desde la estación del caserío de Caldas, el puerto de Buenaventura, en el océano Pacífico. En un pequeño barco a vapor navegó por el San Juan hasta Puerto Negría, siguió remontando el río en canoa y al tocar en Istmina retomó la mula para alcanzar Rispadura. Finalmente, descendió por los ríos Quito y Atrato, también en canoa, y una vez en Riosucio, tomó un vapor que lo condujo a Cartagena, desde donde retornó a su país adoptivo.

El viaje de Eigenmann a Colombia fue corto y frenético, a pesar de los medios de comunicación existentes. A causa de la penuria del país en “vías rápidas”, quien lo visitaba a comienzos de la década de 1910 solo tenía a su disposición “doce cortas líneas aisladas” de ferrocarril, que sumaban algo más de ochocientos kilómetros, y los vapores que traficaban por los ríos Magdalena, Cauca, Atrato, San Juan, Sinú y Meta. Como las carreteras eran también un puñado, lo esencial de los desplazamientos se hacía aún a través de caminos de herradura. En cada localidad se encontraban arrieros que asumían el transporte de mercancías y alquilaban monturas a los viajeros³.

Las recolectas que hizo Eigenmann en el país le permitieron confirmar sus intuiciones sobre las dinámicas evolutivas y las rutas de migración de los peces de agua dulce, y desarrollar durante varios años en el laboratorio de Indiana un trabajo minucioso de descripción de nuevas especies y géneros, que fue publicando poco a poco en artículos y folletos. Desde el comienzo, la intención del ictiólogo fue escribir un libro comprehensivo de su expedición, ricamente ilustrado, siguiendo el modelo de la obra que había editado previamente sobre los peces de la Guayana Británica⁴. En ella, tras un capítulo general sobre la geografía y la geología de aquella colonia, y otro sobre los trabajos previos dedicados a su ictiofauna, Eigenmann incluyó una narración de su viaje con múltiples fotografías tomadas por él mismo⁵. Así se explica que, pensando en el nuevo libro sobre Colombia, el biólogo estadounidense se propusiera componer una narración de su viaje y que, para escribirla, se basara en los apuntes redactados durante las madrugadas en el momento preciso de la expedición, los mismos que había ido remitiendo a su familia en cartas sucesivas.

En marzo de 1914, Eigenmann centró su trabajo en la composición del “informe colombiano” y solicitó por ello al director del Carnegie Museum, institución encargada de la eventual publicación, ciertos mapas que consideraba necesarios para completarlo⁶. A finales de abril, el paludismo contraído por Eigenmann en Buenaventura le generó complicaciones en los riñones y en el ojo izquierdo. Tuvo por ello que internarse durante un mes en el Hospital Metodista de Indianápolis⁷, ocasión que aprovechó para enhebrar sus apuntes epistolares previos y componer un borrador completo de la narración de la expedición, como queda claro por la alusión que hace en el texto a su convalecencia. En mayo de 1914, Eigenmann estaba supervisando algunos de los dibujos que debían servir para ilustrar su anhelada monografía, tarea en la que proseguía en junio de 1915⁸. De hecho, esperaba dedicar parcialmente el invierno de ese año a la redacción del “informe colombiano”⁹. En octubre de 1916, Eigenmann se refirió en su correspondencia a una caja extraviada brevemente en el correo que contenía “todas las ilustraciones colombianas” y en el mes de diciembre indicó por el mismo medio que andaba retocando la monografía¹⁰.

En mayo de 1918, el director del Carnegie Museum ordenó a Eigenmann que entregara el manuscrito completo de la expedición colombiana, dándole un plazo perentorio de dos semanas y amenazándolo, de lo contrario, con despedirlo de su plaza de curador de la sección de ictiología. El profesor de la Universidad de Indiana le replicó impasible que en tal caso tendría todo el tiempo necesario para incorporar en el texto proyectado “todo el problema transandino suramericano”. A continuación, Eigenmann comparó sin modestia el incidente con la exigencia hecha a Newton por el administrador de edificios de Cambridge para que terminara la teoría de la gravitación “antes del mediodía del sábado” so pena de destitución, que se verificó, contrariamente a lo anunciado, “al amanecer del viernes”. Como Eigenmann también acusó a su patrón de comportarse como un “marinero borracho”, no sorprende que la relación entre ambos se deteriorara sin remedio¹¹. La correspondencia relativa a 1920 indica que persistieron los diferendos y que en ellos quedó engarzado para siempre el “manuscrito colombiano”¹². Así se explica que el mecanuscrito de la narración del viaje de 1912 permaneciera inédito hasta la fecha en el archivo de Eigenmann, que hoy reposa en la Lilly Library. La institución accedió amablemente a digitalizarlo, a solicitud de quien esto escribe, y autorizó la publicación de la presente traducción.

De haber tenido la oportunidad, Eigenmann habría sin duda retocado el manuscrito, corregido algunas incoherencias, completado un par de frases truncas y revisado los topónimos, desfigurados muy a menudo. No obstante esos pequeños defectos, el borrador es una narración vibrante en la que destella el encanto del verdadero viaje, es decir, el extrañamiento maravillado y generoso, atrapado al vuelo en los albergues franciscanos del país o rememorado con cariño verdadero poco después desde la cama del convaleciente.

En las páginas de este libro el lector comprenderá lo que significaba emprender una expedición ictiológica a la América tropical a comienzos del siglo xx; presenciara la formulación sucesiva de hipótesis de trabajo destinadas a posterior refinamiento; gozará con las observaciones didácticas de un profesor innato, y viajará de su mano por una Colombia que ya no existe, porque en un siglo ha cambiado tanto como si hubiera transcurrido un milenio. El país visitado por

Eigenmann se recuperaba de la dolorosa humillación de la independencia de Panamá y era paupérrimo en medio de su esplendorosa naturaleza. En cien años la población se ha multiplicado por cinco y ha dejado de ser harapienta. Ahora abunda tanto la comida como el agua potable y las diferentes regiones –separadas antes por muchos días de camino– se han acercado de manera pasmosa, gracias a los medios de comunicación y a las obras de infraestructura. Sin embargo, pocos en nuestros días se atreverían a viajar en solitario por los campos recónditos, menos aún como Eigenmann, a altas horas de la noche. El otro gran contraste es medioambiental, pues la degradación en un siglo ha sido verdaderamente aterradora, lamentable, deprimente. También por eso, porque permite comprender la magnitud de la devastación, vale la pena leer este libro.

Pero hay otras buenas razones para hacerlo. Eigenmann era un hombre inteligente y no únicamente un sabio de la ictiología. Eso significa que le interesaban los hombres y la sociedad, y por eso esta narración está repleta de observaciones valiosas sobre la política, la economía, los hábitos o la cultura material de los colombianos.

Debe destacarse la posición de Eigenmann frente a la alteridad. La narración de su viaje por Colombia lo muestra como un ser empático y respetuoso, especialmente con la gente más humilde del país. Es importante decirlo, porque nuestro ictiólogo se formó en la universidad con David Starr Jordan, figura destacada del movimiento eugenésico y promotor de las leyes de esterilización forzada en los Estados Unidos¹³.

Quiero agradecer la invaluable ayuda de Mary Mellon y Bradley Cook, del Archivo de la Universidad de Indiana, y de Casey Machenheimer, de la Lilly Library, por la digitalización de los documentos que hicieron posible esta publicación. Agradezco también el apoyo de la Universidad Externado de Colombia, en particular del rector, Hernando Parra Nieto, y de la directora del Centro de Investigación en Filosofía y Derecho, Carmen Eloísa Ruiz. Igualmente, a Adolfo Meisel y Adriana Maestre (Universidad del Norte), y a Daniel Cadena, María Ortiz y Juan Camilo González (Universidad de los Andes) por el respaldo

entusiasta que prestaron a este proyecto. Lucas Gutiérrez me echó una buena mano en la tarea de verter al español uno de los capítulos de la narración de Eigenmann y Emma Ardila leyó el borrador final. Todo mi reconocimiento a Humberto Barrera Orrego, que revisó con tino todo el texto, haciendo sugerencias utilísimas y correcciones muy oportunas. Camilo Uribe Posada examinó minuciosamente la traducción, prestándome en todo el proceso de edición la más entusiasta cooperación. Carlos Andrés Lasso Alcalá y Roberto Luis Jaramillo revisaron y anotaron el libro, encargándose además el primero de la elaboración del anexo 2 y de la redacción del penúltimo capítulo, que ayuda a comprender, a través de una mirada personal, el impacto de Carl H. Eigenmann en la formación y los trabajos de los ictiólogos de Colombia y Venezuela hasta la actualidad.

Este proyecto contó también con el apoyo de Jorge E. García Melo, Luis J. García Melo, Carlos DoNascimento y Francisco A. Villa Navarro. Este grupo colombiano-venezolano de científicos, que sigue actualmente las huellas del gran profesor de Indiana por los ríos de nuestro país, escribió un texto de cierre que enmarca la expedición de 1912 en el más amplio panorama de la ictiología colombiana. El lector verá allí espléndidas fotografías de algunas de las especies descritas por Carl H. Eigenmann, provenientes del proyecto CaVFish, que lidera el ya mencionado Jorge Enrique García Melo. Mi agradecimiento a todo el equipo.

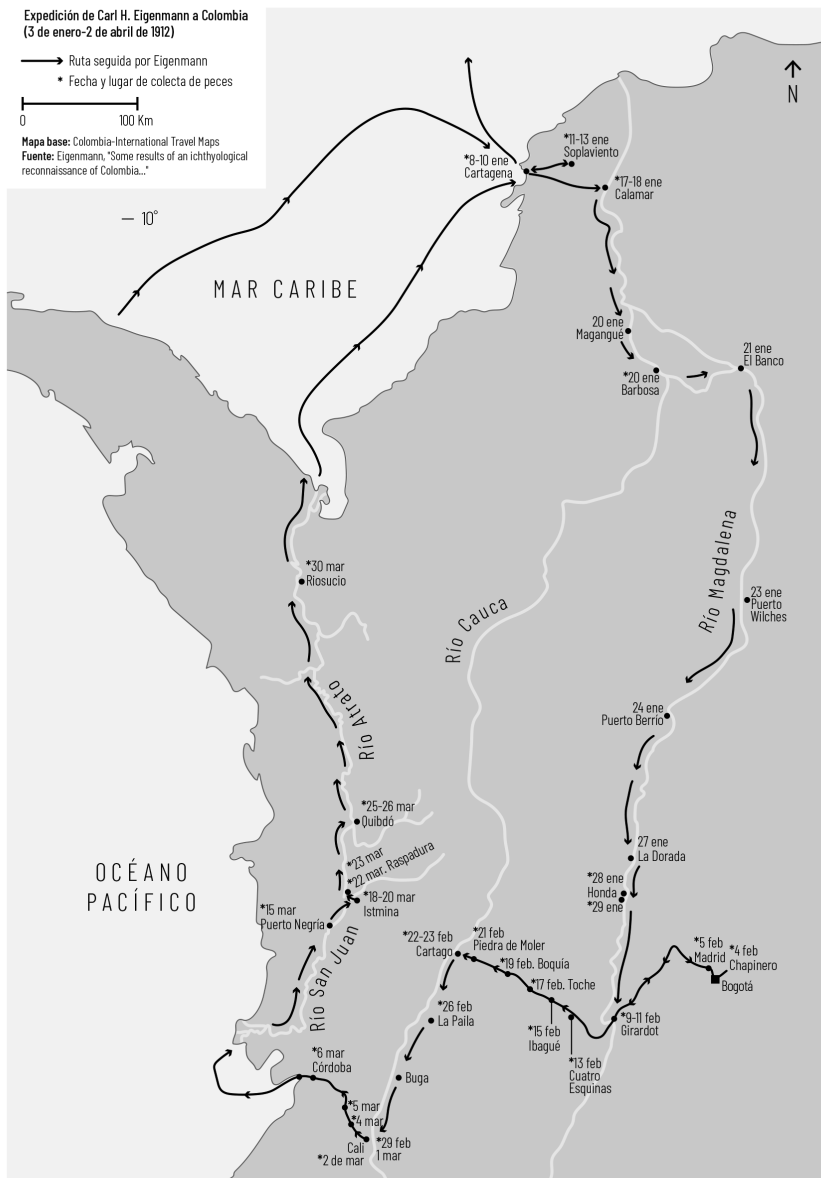
Debo hacer una advertencia final: cada vez que el lector se tope con corchetes, deberá entender que se deben al traductor.



VIAJE POR COLOMBIA EN 1912

Para citar este capítulo:

<http://doi.org/10.51573/Andes.9789587896404.9789587896411.9789587896428.1>



Expedición de Carl H. Eigenmann a Colombia

Fuente: elaboración propia con base en Carl H. Eigenmann, "Some Results from an Ichthyological Reconnaissance of Colombia, South America", *Indiana University Studies* n.º 8 (septiembre de 1912). Véase también en Daniel Gutiérrez Ardila, *Peces geológicos. Breve historia de los bagres andinos*, Bogotá, Taurus, 2023.

Camino a Bogotá

[Al margen, en lápiz]

Duplicado de la versión final, noviembre de 1916

Medio siglo después del descubrimiento de América y cincuenta años antes de la exploración del río Hudson, [Gonzalo Jiménez de] Quesada ascendió por el Magdalena y por la vertiente occidental de la cordillera de Bogotá hasta la Sabana; [Nicolás de] Federmann viajó a lo largo de los contrafuertes de los mismos Andes y ascendió también hasta Bogotá; [Juan] Vadillo y [Francisco] César descubrieron el Cauca, siguiendo el primero de ellos su curso hasta las cabeceras para llegar a Quito¹; [Sebastián de] Belalcázar, partiendo de esta ciudad, viajó por la orilla del Cauca hasta Cartago, cruzó los Andes centrales y el valle del Magdalena y subió a Bogotá; [Pascual de] Andagoya descubrió el puerto de Buenaventura y trepó los Andes occidentales hasta Cali y Popayán; [Jorge] Robledo fundó Cartago y Antioquia; Santa Marta y Cartagena fueron saqueadas por los franceses. Colombia, con sus cinco millones de habitantes y quinientas mil millas cuadradas [804 000 km²] de territorio ha tenido desde aquellos días

tempranos una vida agitada. Evidentemente, no iba a descubrir un nuevo país cuando comencé mi viaje a Colombia a finales de 1911².

Dejamos nuestro hogar en el momento preciso para llegar a Nueva Orleans y tomar el vapor que se dirigía a Panamá. Aun tuvimos una jornada para terminar de equiparnos en dicha ciudad. Entre nuestros acompañantes en el pequeño barco se contaban los ministros de Francia y Holanda, el fiscal general, un naviero alemán, dos ingenieros civiles canadienses, dos profesores, un famoso propietario y director de un equipo de béisbol, un recién casado con su bellísima esposa y un granjero canadiense con su encantadora mujer. Este era vivaz e inquisitivo como una ardilla acerca de mis planes. Obviamente nos hicimos amigos cuando me aconsejó, entre otras cosas, que leyera un artículo sobre la pesca en Guayana [Británica] publicado por la revista *National Geographic*. Lo había escrito yo. El señor Fred Engen, por su parte, era plenamente consciente de que nadie podría predecir el alcance de los resultados de mi investigación en el terreno de las ciencias puras, y por lo tanto se declaró a favor de ella. Cuento, entre los efectos colaterales de mi viaje, la plaza de investigación que estableció en su institución de origen, la Universidad de Saskatchewan.

Llegamos a Ancón [al borde de la capital del país] el 28 de diciembre de 1911 y empleamos los cuatro días siguientes en recorrer los sitios de interés del muy famoso Canal de Panamá.

El Canal es, por supuesto, lo más notable de Panamá, pero, en mi opinión el *esprit de corps* desarrollado por [George] Goethals entre sus obreros es aún más destacable. Y la demostración, que debemos a [William Crawford] Gorgas, de que el trópico puede tornarse habitable para el hombre de la zona templada tendrá un impacto aún mayor en el futuro que la construcción misma del Canal. De hecho, esta obra fue posible por los avances de la zoología pura y aplicada desde el momento en que los franceses fracasaron en el Istmo y el comienzo de los trabajos estadounidenses en Panamá. En este período se demostró que los mosquitos eran más temibles que las serpientes venenosas, los jaguares, pumas o caimanes. Que uno de los mosquitos [*Aedes aegypti*] es el único transmisor de la fiebre amarilla, y que sin el otro [*Anopheles*] no

habría malaria. Al ser eliminados ambos, gracias a los drenajes y al anejo, la zona del canal se tornó tan saludable como las mejores ciudades del norte. Sin duda, el frente de batalla en la lucha por la posesión del globo separa al hombre, de un lado, y a los insectos, que transmiten enfermedades y devoran los cultivos, del otro.

No es mi propósito describir ninguna porción de la obra, pero me gustaría poder transmitir el sentimiento de lejanía que se apoderó de mí en el puente sobre el Corte Culebra, mientras miraba los blancos penachos de vapor y el trabajo de las palas mecánicas, los taladros y los trenes en el fondo de la excavación. Todo parecía tan distante. La manipulación de las excavadoras era realmente maravillosa y al observar la destreza con la que eran manejadas esas grandes máquinas, no me habría sorprendido si uno de los operarios hubiera usado su pala para rascarse detrás de la oreja.

Abandonamos Panamá el 2 de enero y atracamos en Cartagena al día siguiente. La entrada a la hermosa bahía del mismo nombre se hace a través de un estrecho pasaje, Bocachica, que dista varias millas de la ciudad y es resguardado por un pequeño fuerte situado en un islote adyacente. Sería verdaderamente sencillo impedir la entrada a la bahía, salpicada de pequeñas islas y rodeada de tierras bajas. De inmediato, sobre la izquierda hay otra vieja fortaleza y más adelante la pequeña estación de cuarentena.

Ya llegando a la ciudad, hacia la derecha, se levanta La Popa, un pequeño cerro coronado por una iglesia. La Popa es el punto más septentrional de la cordillera Occidental. En su base, dentro de la bahía, se ven hermosas islas, algunas de las cuales están cubiertas de cocoteros. En el puerto había unos cuantos navíos, incluyendo los dos cañoneros oxidados que constituyen toda la marina colombiana. El muelle y la Aduana se encuentran a cierta distancia de la ciudad. Nos dimos cuenta de que todo mi equipo, incluyendo redes, tiendas, provisiones y dos barriles de alcohol habían llegado antes que nosotros –sacar todo aquello de la Aduana era otra cuestión. Un pequeño ferrocarril nos llevó a Cartagena, La Heroica, que queda a una milla [1,6 km], donde encontramos cómoda estancia en un hotel, cuyo gerente y cuyo personal hablaban inglés.

Había solicitado al Departamento de Estado que hiciera los trámites precisos para que mi equipo pudiera ingresar a Colombia sin pagar impuestos. Del permiso no existía noticia, así que envié un telegrama a nuestra legación en Bogotá³. Con un retraso de diez preciosos días, la autorización llegó directamente a la Aduana y, veinticuatro horas más tarde, nuestro cónsul en Cartagena recibió un telegrama de la legación estadounidense en la capital del país ¡que indicaba la imposibilidad de ayudarnos! La información dirigida al cónsul no tuvo incidencia alguna, pues el administrador de la Aduana del puerto tenía instrucciones de admitir mis pertenencias. Pero, por desgracia, nuestro cónsul telegrafió a Bogotá para indicar que existía un conflicto de autoridad. Tan pronto como me enteré de esa estupidez, supe que habría más problemas. Todas mis cosas salieron de la Aduana y opté por dirigirme sin más a Calamar, en la ribera del río Magdalena. La tormenta se desencadenó tras mi partida, pues uno de mis barriles de alcohol fue confiscado en el tránsito de Calamar al Atrato. A pesar de que después me lo entregaron, el vapor partió mientras se adelantaba el trámite, sin que hubiera esperanzas de abordar otro, pues el nivel del agua era muy bajo en la desembocadura del Atrato. Por lo tanto, decidí emprender mi viaje al contrario de lo presupuestado, empezando en el Magdalena y regresando al punto de partida por el Atrato.

Cartagena es un maravilloso lugar antiguo, una ciudad amurallada, fundada en 1533 por [Alonso de] Ojeda. La muralla está intacta. Tanto dinero se invirtió en su construcción que supuestamente uno de los reyes de España tomó su catalejo y lo apuntó hacia el occidente. Cuando le preguntaron qué hacía, respondió que el costo de la muralla había sido tal, ¡que esperaba verla aparecer en el horizonte! La misma historia se cuenta con respecto a otras plazas de la Tierra Firme. Cartagena tiene una población de 36 000 habitantes. Es la capital del departamento de Bolívar y está construida sobre una isla.

Dentro de las murallas, las calles son estrechas y, en su mayoría, las casas se hallan en decadencia. La riqueza de la ciudad estriba más en la historia de su perdida grandeza y en los recuerdos de los héroes que ha proporcionado a las guerras en el último siglo que en sus actuales prendas. Las mejores residencias están en los suburbios, fuera de los muros de la vieja ciudad. La puerta

principal es la del Reloj. Fuera de ella hay un pequeño parque y una avenida rodeada de los bustos de los hijos de Cartagena que perdieron su vida en guerras pasadas. Por encima de ellas hay una estatua de Cartagena Heroica, que representa a una mujer que lleva en la mano un escudo mientras la palma de la otra parece formular una advertencia al enemigo. Debajo se encuentra una inscripción, “Nole [sic] me tangere” [No me toques (Evangelio de Juan, 20, 17)], lo que, habida cuenta de las circunstancias, puede traducirse libremente como “Nunca me tocaste”. También aquí está el mercado, lugar que siempre me ha fascinado, así en casa como lejos de ella. El mercado exhibía todas las frutas de temporada y fue mi principal fuente de peces del lugar. Mientras nos asábamos de calor por la demora de la Aduana, nos tomamos el tiempo de subir a La Popa, de darle la vuelta a la muralla, de asistir a una corrida de toros y, por último, después de que los oficiales de la Aduana tuvieron la gentileza de dejarme retirar parte de mis redes, tanques y alcohol, pudimos pescar un poco, aunque, teniendo en cuenta el propósito que nos había traído hasta acá, lo mismo hubiera valido estar en una isla desierta. Al recordar el escaso número de días de que disponíamos y la incertidumbre que pesaba sobre nuestro viaje (once vapores habían encallado en el Magdalena), el retraso era devastador.

Ascendimos por La Popa, deteniéndonos en la vieja fortificación que hay cerca de su base. Como era de esperarse, al llegar a la cima se nos dijo que la llave de la vieja iglesia y monasterio solo podía obtenerse en la ciudad, pero logramos entrar por el borde del precipicio. Desde las alturas, la ciudad y la bahía con sus islas se veían tendidas como en un mapa, o mejor, como un modelo a escala: más allá, brillaba el mar Caribe. Se dice que Bolívar tomó refugio y fue sitiado en La Popa. Cuando sus enemigos pensaron que lo habían atrapado, saltó con su caballo por el precipicio y en poco tiempo se apoderó de la ciudad. Una estatua de este hombre, adorado aquí y en toda Suramérica, se yergue en la plaza mayor.

Mientras subíamos hacia La Popa nos encontramos con unos guardias y con algunos prisioneros que trabajaban en el camino. Dos de ellos –es difícil decir si eran de los primeros o de los segundos– estaban labrando totumas. La totuma es un fruto de corteza delgada que se corta en dos mitades y se destina a todos los usos de que es capaz una cesta o un tazón. En Cartagena los

prisioneros ennegrecen la corteza y después la decoran con diversos diseños para vender cada pieza a cincuenta centavos. En la tarde compré las dos que vi trabajar en la mañana.

El doctor García, director del puerto, nos llevó en su bote a motor a una isla de cocoteros que posee en la bahía. Es un hermoso lugar, que perdió buena parte de su encanto cuando descubrimos al día siguiente que la isla vecina [Caño de Loro] ¡es un lazareto⁴!

Tras esperar varios días alguna indicación sobre nuestro equipaje, decidimos viajar a Soplaviento, sobre el Dique⁵, un canal que antiguamente conectaba el río Magdalena con la costa al occidente de Cartagena. Al mismo tiempo escribí a William Lowe Bryan, presidente de la Universidad de Indiana, solicitándole los quinientos dólares que estimaba costarían los trámites de aduana. De inmediato me prestó y giró el dinero, que al fin de cuentas no fue necesario.

Soplaviento es un pequeño pueblo a tres horas en tren desde Cartagena⁶. Nos dijeron que la temporada era la más seca en años y todo parecía quemado y agostado. El Dique se encuentra en parte abandonado, pero los vapores todavía navegan entre Soplaviento y Calamar cuando hay suficiente agua. Fuimos recomendados a don Antonio Castillos [sic], que nos esperaba en la estación de tren y nos condujo a una casa donde podríamos dormir y comer. La vivienda era de bahareque y estaba completamente desnuda, pero como llevábamos nuestros propios catres y mosquiteros, en muy poco tiempo logramos tener un sitio habitable. Don Castillos nos llamó poco después para preguntarnos si no teníamos alguna carta de recomendación. Le mostré la que el director general de la Unión Panamericana tuvo la amabilidad de darme. Barrett había redactado una maravillosa epístola. El don la leyó, dijo “caramba” y rápidamente nos invitó a cenar a las cinco. Entre tanto fuimos a pescar. La principal ocupación de los pobladores de Soplaviento es la pesca. En esos momentos, los bocachicos podían atraparse en grandes cantidades y los pescadores pensaron, obviamente, que veníamos tras ellos. Pero cuando vieron cuál era realmente nuestro interés, se llenaron de entusiasmo y agregaron un número de valiosos especímenes a nuestra colección. La pesca se hizo con atarrayas lanzadas

desde un bote. Cuatro o cinco embarcaciones iban juntas, moviéndose lentamente aguas abajo o contra la corriente, entonces una de ellas cruzaba hasta el medio del cauce frente a las demás, otra hacía lo propio por detrás, y las cuatro restantes lanzaban sus atarrayas casi simultáneamente. De este modo, podían atrapar todos los peces grandes en una porción del río. Nosotros, por supuesto, complementábamos este método con redes. Dos veces nos dejamos arrastrar por la corriente y remontamos un tributario en una canoa hasta una ciénaga o pantano.

La experiencia para un naturalista era de lo más estimulante. Pululaban las garzas, las grullas, los alcedínidos, los patos aguja, los gavilanes, los cormoranes y montones de aves pequeñas, en gran contraste con las condiciones de una región densamente poblada⁷. Añadían encanto al paisaje los pescadores ocasionales, desnudos y erguidos que, en precario equilibrio sobre sus canoas, lanzaban sus redes de vez en cuando, mientras las mujeres lavaban ropa o se bañaban en la ribera. En la ciénaga atrapamos unos cuantos renacuajos y una legión de peces. Las principales características de la ictiofauna resultaban evidentes. Muchos de los ejemplares pequeños eran nuevos; entre los grandes peces suramericanos brillaban por su ausencia las pirañas y las anguilas eléctricas, tan temidas al oriente de los Andes. De hecho, todos los peces grandes encontrados en Soplaviento pertenecían a géneros y aun a especies ampliamente distribuidos en el Orinoco, el Amazonas y el Paraguay. Entre ellos, cinco bagres. El bagre tigre, caracterizado por sus rayas verticales negras y blancas, es el mayor de todos y llega a medir cinco pies [1,5 m]. Se le persigue con avidez en el Magdalena y tiene amplia distribución en el oriente [de Suramérica]. El bagre blanco, que le sigue en tamaño, es un pez delgado de poca importancia. También se le encuentra por todas partes al este de los Andes. El matacaimán, un pez pequeño y sin utilidad, provisto de terribles espinas en las aletas dorsales y pectorales, reforzadas por garfios retráctiles, tiene la reputación de segar la vida del caimán irguiendo dichas espinas cuando es atacado. Ha de ser una curiosa comida, en la boca o en los intestinos. Sus parientes se hallan también en todo el oriente de los Andes. El cuarto es un bagre manchado de largas barbillas propio del Magdalena, pero con parientes cercanos en los ríos al oriente

de los Andes. La misma relación existe entre otras grandes especies de peces de esta región y las del oriente. Los bocachicos, por ejemplo, que en el momento de mi visita ascendían por el Magdalena en incontables millones, pertenecen al género ampliamente distribuido *Prochilodus*, y, por supuesto, [pasa lo mismo con otros taxones] *Charax*, *Roeboides*, *Curimatus*, *Leporinus*, *Hoplias*, el ubicuo *Astyanax*, los cíclidos, las anguillas gimnotos; en suma, la mayor parte de los elementos conspicuos de la fauna oriental estaban presentes o representados por parientes cercanos. El hecho más sobresaliente de distribución no se hizo evidente sino más tarde, cuando se estableció que un número de peces colombianos tenían su más cercana parentela en las antípodas de Suramérica, entre Río de Janeiro y Buenos Aires.

Mientras me hallaba en Soplaviento, nuestro cónsul me informó mediante telegrama que mi equipo había pasado la aduana sin que se le impusieran aranceles. Regresé a Cartagena. El cónsul recibió entre tanto un mensaje de nuestra legación avisando que no podrían hacer nada por nosotros. Procuré que mi estancia fuera lo más breve posible, justo lo suficiente para sacar nuestro equipo de la aduana, y nos dirigimos a Calamar, en la ribera del Magdalena.

Los parajes interesantes en esta localidad, cuya población estimada es de 6349 habitantes, eran su profunda orilla occidental, los bancos de arena y los brazos del Magdalena alrededor del Dique, así como la entrada de este y una ciénaga en medio de una isla. En todos estos puntos pescamos cada día temprano y en la tarde. Los bancos de arena resultaban llamativos por las enormes bandadas de gavilanes y gaviotas que nos seguían para alimentarse con los peces que dejábamos a nuestro paso. El sábalo o tarpón abundaba en la isla: atrapamos cinco en un solo lanzamiento de atarraya. Las iguanas abundaban también. Una mañana, mientras avanzábamos lentamente por la orilla, vimos tendido un hermoso ejemplar, como si posara para que lo fotografiáramos. Disparé la cámara, pero olvidé sacar la placa. El enorme lagarto saltó y huyó por la empinada orilla moviendo sus patas traseras. No creo que haya usado una sola vez sus manos en el ascenso. La mayor parte de las fotos se dañaron durante el revelado. El río traía tan poca agua que no parecía factible remontarlo. Empacamos nuestra recolecta, la enviamos a casa y temprano en la mañana

del 19 de enero abordamos el Neiva, que venía de Barranquilla⁸. Se trata de uno de los más pequeños vapores del Magdalena y estaba atestado de pasajeros, tanto que en un principio se nos ordenó descender: solo pudimos embarcar por un favor especial. Fue una fortuna, porque logramos navegar aguas arriba hasta Dorado [sic: La Dorada] mientras que los barcos más grandes encallaron o sufrieron averías. De hecho, rebasamos buques que comenzaron el itinerario tres y hasta diez días antes que nosotros.

Los camarotes estaban llenos, así como la cubierta, pero en la noche logramos tender una tienda de anjeo para mantener a los mosquitos a raya y, de esta forma, tuvimos un viaje muy cómodo hasta el final.

Las mañanas, hasta las diez, eran siempre hermosas, pero entre esa hora y las cinco de la tarde hacía un calor infernal⁹. En las tardes y en las noches el tiempo volvía a ser encantador. Levantábamos nuestra tienda en el extremo de la cubierta, hacia la proa, y dormíamos profundamente. No había insectos que nos molestaran, excepto en el momento del tercer plato de la cena. Entonces los mosquitos aparecían y nos picaban bajo la mesa sin piedad, para desaparecer unos minutos después, tan súbitamente como habían llegado. Las riberas del río eran bajas y estaban cubiertas por una variedad de árboles que revestían de interés el viaje. El buque se detenía de vez en cuando para cargar madera y aprovechábamos siempre esas ocasiones para emprender pequeñas recolectas con redes y anzuelos¹⁰. Bajo la dirección del señor Henri Banneau, un agente viajero francés, que era también un afiebrado deportista, la tripulación y los pasajeros sacaban sus sedales siempre que paraba el vapor. Yo me ocupaba capturando peces, preservándolos y empacándolos. A menudo, cuando el buque se detenía, me metía al río con el extremo de una red para atrapar algunas muestras aquí y allá, no sin suscitar en algunos pasajeros elegantes guiños y sonrisas. El dorado, una especie de *Brycon*, hacía más divertida la pesca. Mordía con facilidad un trozo de carne engarzado en un anzuelo que, cuando atracábamos, se dejaba llevar por la corriente en la parte trasera del bote. Cogimos más ejemplares de este pez de los que podía usar, algunos de más de veinte pulgadas [50,8 cm], que se debatían en proporción a su tamaño.

Más allá de la desembocadura del Cauca, que pasamos al mediodía de la segunda jornada, vimos muchos bancos de arena y en muchos de ellos grandes caimanes asoleándose, por lo general con las fauces abiertas¹¹. Las aguas poco profundas cerca de la orilla se estremecían con el paso a contracorriente de los bocachicos. El jefe de la tripulación lanzaba su red en cierto punto y el chapaleo de estos peces provocaba una conmoción semejante a la explosión de un cartucho de dinamita. El caimán, en ocasiones, arremetía contra ellos y los hacía saltar en todas direcciones. El bagre tigre, el gran bagre rayado, también hacía incursiones en los bancos de bocachicos y era perseguido, a su vez, por los lugareños, que construían refugios temporales en los playones para capturar su provisión anual de bagres. Los atrapaban con redes, los ensartaban en postes y los secaban al sol.

Las comidas en el Neiva no estaban mal. Como había ganado a bordo, se sacrificaba cuando se requería. Algunos pasajeros tuvieron la precaución de embarcar fruta en conserva; en esta zona del trópico no se sirve con frecuencia.

En la noche, más arriba de la desembocadura del Cauca, atracamos contra la ribera. El río llevaba muy poca agua como para proseguir la navegación con seguridad a oscuras, así que nos detuvimos en Peñas Blancas, arriba de Puerto Wilches, al filo de la tarde del 24 de enero. Tuve tiempo de contratar a dos indios para pescar con la red en la noche en un banco de arena que había del otro lado. Uno de los indios exhibió sus conocimientos de lengua inglesa para decirme con dolorosa precisión: "*I cannot lie*" ["no puedo meterme al agua"]. Se negaron a entrar en el río a cualquier profundidad y después de que cogimos un caimán de cinco pies, perdí el gusto por las pescas nocturnas. Se me había advertido con frecuencia sobre los caimanes, pero hice poco caso, porque siempre quieren asustarlo a uno con espantos de una u otra clase. Arrastramos la red a lo largo de un riachuelo poco profundo y pensamos que habíamos atrapado un tronco, pero cuando la llevamos a la orilla y la abrimos, el supuesto tronco dio un brinco y todos salimos corriendo despavoridos. [Arthur J.] Bierhaus mató a la bestia disparándole con su revólver. A la mañana siguiente contamos veinte grandes caimanes en el banco de arena en el que habíamos pescado, y debo confesar que se desvanecieron mis ganas de usar la red en las noches. Desde

Peñas Blancas se hizo evidente que la fauna estaba cambiando, pues capturamos algunos peces que no habíamos atrapado aguas abajo.

Evidentemente, no vimos gran cosa de los escasos pueblos ribereños. El Banco, cuya población es de 5800 habitantes, es una vieja localidad española, la primera de importancia desde Magangué, que tiene 13 400 almas, cuando se navega aguas arriba desde Calamar. Puerto Berrío¹², donde atracamos una noche, parece un típico pueblo minero. Se halla al comienzo del ferrocarril que conduce a Medellín. En Puerto Berrío, el Magdalena estaba tan seco que fue necesario halar el buque con cuerdas sobre el lecho pedregoso.

La cordillera Central era visible desde El Banco, poco después de pasar por la boca del Cauca. A continuación, la perdimos de vista. Reapareció más adelante –fuera de alcance–, ostentando aparentemente manchas nevadas en las cumbres más altas. Arriba de Buenavista hay barrancas escarpadas labradas por el agua en la ribera derecha, conforme se asciende por el río. Tras un viaje de ocho días llegamos a La Dorado [sic], que marca el final de la navegación del Bajo Magdalena. Cuando William Henry Harrison hizo el mismo viaje en 1825 como representante diplomático de los Estados Unidos en Colombia, se gastó cuarenta y dos días hasta Honda.

El viaje de Calamar a La Dorado [sic] fue excepcionalmente exitoso. Nuestro vapor pasó por donde otros no pudieron; de hecho, en Dorado [sic] vimos una especie de flota de buques a la espera de aguas más abundantes para proseguir su itinerario río abajo.

Sin embargo, y a pesar de que logré hacerme con la fauna esencial del Bajo Magdalena, no hay duda de que se me escaparon muchas cosas, pues hubiera querido detenerme en El Banco, Bodega Central, Puerto Wilches y Buenavista para hacer exhaustivas recolectas. Lo que más lamento es no haber tomado dinero prestado para traer conmigo a Charles Wilson y Arthur Henn, dos estudiantes que deseaban acompañarme. Habría sido muy bueno si la experiencia que iba acumulando hubiera servido para entrenar a una nueva generación de naturalistas en el trabajo de campo en Suramérica¹³.

Llegamos a La Dorado [sic] a las 10 de la mañana y el tren salía a las 5 p. m.¹⁴. No hay nada peor que el clamor de los pasajeros aforando el equipaje. Cada persona quería ser la primera. Parecían pichones a la llegada de la madre al nido con un bocado. La diferencia es que se trataba de hombres y mujeres provistos de brazos, voces y bocas para manifestarse. Afortunadamente para mí, el señor Banneau, natural de París, Francia, se prestó como voluntario para desempeñarse como mi jefe de carga y, como intérprete, el señor L. M. Monsanto, un agente viajero estadounidense.

Ambos señores venían de Barranquilla. El señor Monsanto trabajaba para una farmacéutica y hablaba español, francés, alemán, ruso e inglés. Actuó como traductor entre Banneau y yo, así como entre nosotros y los nativos.

El señor Banneau había viajado por toda Suramérica vendiendo decoraciones para altares. El viaje hasta Bogotá lo había hecho varias veces y conocía bien los usos y costumbres locales. Era un pescador afiebrado; él mismo disponía los sedales en todos los lugares en que nos detuvimos durante la navegación y dirigió en idéntica labor a la tripulación del Neiva. Desde Dorado [sic] en adelante, se encargó de mi equipaje. Junto con Monsanto permaneció a mi lado en Honda y su ayuda fue invaluable hasta que salí de Bogotá.

Abandonamos Dorado [sic] a las cinco y atravesamos en tren el valle del Magdalena, parcialmente alejados del río. Avistamos montañas angulosas que presentaban acantilados a la derecha, mientras que, del otro lado del Magdalena, cerca de Honda, emergían muy empinadas. Honda, capital de la provincia del mismo nombre, tiene una población de 8600 habitantes y lleva un nombre muy a propósito –en las profundidades–, como puede verse en la fotografía tomada a la distancia. Llegamos a la hora de la cena al hotel, que es típico ejemplo de los que se encuentran en Colombia. Consiste en un patio con corredores en torno y cuartos a lo largo de ellos¹⁵. Pude comprar peces, [en especial] un peculiar bagre con cara de sorna que no había visto antes, y contratamos a un negro para que viniera a buscarnos a la mañana siguiente con el fin de ir a la quebrada Bernal, ubicada muy cerca de la población. Quería que le diéramos un anticipo para comprarle un regalo a su esposa, a lo que me negué, por

supuesto. El señor Bierhaus consiguió caballos, pues esperaba cabalgar hasta Bogotá. Llegaron dos horas más tarde de lo acordado y mucho después que su acompañante previsto, así que los despachó de vuelta. El “camino real” que lleva a Bogotá empieza en Honda, aún lo transitan recuas de ida y vuelta, pero la mayor parte del tráfico se hace ahora a través de Girardot. Tras la tardanza habitual, caminamos a la mañana siguiente a cierta distancia desde el pueblo hasta un arroyo, la quebrada Bernal, que fluye por entre una cañada rocosa¹⁶. La pesca fue buena, así que enviamos a nuestro factótum a Honda por el almuerzo. Empleamos redes de playa y de mano, así como bayas [*fish-berries*, ¿*Anamirta cocculus*?] para aturdir a los peces. Lástima que no tuviéramos uno o dos cartuchos de dinamita para emplearlos en los huecos profundos. El agua era tan clara que podíamos ver en dónde estaban los peces. Por desgracia, ellos nos veían a nosotros también y a nuestras redes. Esto le permitió escapar a una de las especies. Hicimos cuanto pudimos, pero siempre se deslizaban entre las rocas y por debajo de la red, así que no logramos hacernos ni a un solo ejemplar. Ni siquiera sé qué era. La mayor parte de los peces eran pequeños, y varios de ellos, nuevos para la ciencia. Gracias a la claridad del agua pudimos atrapar varias especies que de otro modo hubiéramos ignorado. Había diversas [especies del género] *Loricaria*, largas y delgadas, también peces gato acorazados que no habríamos atrapado si no los hubiéramos visto por debajo de las rocas o entre ellas. Íbamos vadeando el arroyo y fue una pura alegría sentarnos en el agua poco profunda. Eso les permitió a mis ojos reparar con atención en el lecho para observar peces diminutos que se propulsaban fuera y dentro de la arena y entre los guijarros. Como eran tan pequeños no los podíamos atrapar con nuestras redes de profundidad. Forramos una de ellas con anjeo, la cubrimos de arena y piedrecillas y de este modo logramos atrapar como noventa de estos peces pequeñitos que resultaron ser una nueva especie de *Pygidium*. En recuerdo de su entusiasmo y de la ayuda enorme que nos proporcionó, no podía más que bautizarlo *Pygidium banneaui* en honor al señor Banneau [actualmente *Trichomycterus banneaui*]. El género *Pygidium* pertenece esencialmente a las montañas. Se le encuentra desde Panamá hasta la Patagonia, a lo largo de los Andes. Es uno de los dos géneros de peces que se halla en el lago Titicaca. Atrapé ejemplares en Guayana [Británica]. Existe también en el Amazonas y en

las corrientes del oriente de la América tropical. Formas locales se han desarrollado en diversos puntos de esta distribución. De ello han resultado muchas especies, ninguna con un amplio rango de distribución.

Los cíclidos, peces cuya forma se asemeja la de nuestros peces luna, se mantenían cerca de las rocas, adaptando su posición a la forma de estas y, por lo tanto, resultaban muy difíciles de atrapar.

Machacamos algunas bayas para adormecer peces con maíz molido y esparcimos la mezcla por el agua, que afectó a una pequeña especie de peces, la *Creagrutus magdalenae*. No sé si las demás consumieron el compuesto o si son inmunes a él.

A la mañana siguiente, Bierhaus, Banneau, los nativos y yo salimos a las siete con dirección desconocida hacia un río que según nuestros pescadores contenía muchos peces que aún no habíamos atrapado. Nos levantamos temprano y caminamos más o menos seis millas [9,6 km] bajo el sol tropical hacia lo que resultó ser una estación de ferrocarril! El tren salió dos horas después que nosotros, pero nos venció por diez minutos. Si los tontos cargueros me hubieran explicado hacia dónde nos dirigíamos, habríamos tomado el tren. ¡Seis millas de camino por una carrilera para la que teníamos pases! Nos topamos con una quebrada, Perico, casi seca, y con otra, Juarino [sic: Guarinó], cuya corriente rugía por las lluvias recientes en las montañas. Más tarde se nos unió un indio que estaba pescando en el raudo Magdalena. Obtuvimos muchos especímenes, pero nada notable. Uno de los pescadores negros remangó sus pantalones y nos enseñó una llaga ancha a lo largo de la espinilla, diciendo que estaba muy mal. Le pregunté qué le pasaba y uno de sus compañeros sirviéndose de una floritura para indicar que era hombre distinguido dijo: “Es un sifilítico”. Si pretendía asustarme, sin duda lo consiguió. Me estremezco hasta la médula cuando pienso en ello, aún ahora. Me habría encantado extender mi estadía en Honda, pero ni mi tiempo ni el de mis compañeros nos lo permitía. Abandonamos la ciudad al tercer día en la mañana.

El Alto Magdalena y la sabana de Bogotá

El desplazamiento entre La Dorado [sic] y Beltrán, donde hay una serie de rápidos, se hace por tren. En el curso del río cabe distinguir el Bajo Magdalena, desde Honda hasta la desembocadura, con una elevación máxima de 682 metros, y el Alto Magdalena, arriba del punto citado. La tabla de distancias de la compañía de vapores, que amablemente me facilitó el sobrecargo del Neiva, presenta las siguientes medidas en leguas (la legua equivale a 3,1 millas [5 km]): Barranquilla a Sitionuevo, 6,25; Remolino, 8; Girardia [Giraldo], 13; Piñón, 18, ceno [sic], 20; Calamar, 21,50; Bija [sic] San Juan, 24; Heredia, 26,50; Tenerife, 32; Jesús del Río, 34; Zambrano, 36,50; Facamocho [Tacamocho], 44; Magangué, 52; El Banco, 83; La Gloria, 94,50; Gamana [Gamarra], 102; Bodega Central, 107; Badillo, 113; Boca del Rosario, 119; Puerto Wilches, 130; Sogamosa [Sogamoso], 132; Bodega Gualán [Galán], 137,25; Carare, 147; Puerto Berrío, 162; Nare, 172,50; Buenos Aires, 179; Buenavista, 185,25; La Dorado [sic], 195,75.

El Alto Magdalena desciende rápidamente desde sus cabeceras hasta Neiva, que se encuentra a 1442 pies de altura [439,5 m]. Desde Neiva desciende en modo más gradual hasta Girardot, que está a 1056 pies [321,8 m] y Beltrán, que se halla a 774 [235,9 m]. Las condiciones son muy distintas en el Cauca, pues el curso alto de este río fluye a través de un valle elevado, cuya extremidad inferior, en Cartago, tiene una elevación de más de tres mil pies [914,4 m]. Es navegable arriba de esta ciudad, por lo menos hasta Cali. Aguas abajo desciende rápidamente 2500 pies [762 m] hasta Boca de Nechí y a partir de este punto es nuevamente navegable.

El traslado del equipaje era siempre un asunto delicado. Todo debía transportarse con la ayuda de cargueros y yo poseía treinta y dos piezas. Siempre había regateos, gritos y alboroto. De todo ello me libró la amabilidad del señor Banneau. Salimos temprano de Honda en un tren que se dirigió por un tiempo hacia el occidente. Se transportaban muchos peces en este ferrocarril y así logré comprar tres especímenes de un pez que recuerda a un salmónido, *Salminus*¹⁷. Fueron los únicos *Salminus* que vi durante mi viaje a Colombia y me alegró conseguirlos. Hasta donde sé, el género es escasamente conocido en las cuencas del Orinoco y el Amazonas, pero aparece nuevamente en el río San Francisco, en el Paraguay y al sur de Buenos Aires. ¿Cómo llegó al Magdalena, y aún más, cómo hizo para alcanzar el río Santiago en el litoral Pacífico ecuatoriano, donde se encuentra también la especie del Magdalena? [John D.] Haseman, que no creía que se encontrara en el Amazonas ni en el Orinoco, concluyó que la especie del Magdalena debía pertenecer a un género diferente al de la del sur del Brasil. En esta hipótesis fue en contra de su propia teoría del posible origen independiente de especies bajo condiciones similares¹⁸.

En la primera estación de importancia, me bajé del tren para comprar fruta en el andén y me encontré en la puerta del vagón con el señor Thomas Miller, administrador del ferrocarril, que me invitó a seguir en su auto la misma ruta del tren. Acepté encantado. Como era un carro descapotable tenía una vista mucho mejor que el vagón estándar. Además, de vez en cuando, el señor Miller detenía su carro para que pudiera tomar fotografías. La cordillera Central estaba frente a nosotros. Subimos aproximadamente mil pies [304 m] desde Honda

y a continuación descendimos hasta el Magdalena. Durante buena parte del camino atravesamos potreros cercados con un arbusto semejante a la acacia [sin duda el matarratón, *Gliricidia sepium*]. La región parece ideal para la cría de ganado. Como observó un joven inglés, “el mejor negocio en la zona es la ganadería bien administrada”.

Llegamos al Magdalena una hora antes que el tren. Playas de guijarros reemplazan aquí la arena de la parte baja del río. Las montañas están muy cerca en una región que recuerda el valle del Rin.

El vapor que tomamos en este lugar era miserable y la comida indigesta y grasosa. Un colombiano que iba a bordo y que sabía algo de inglés, cristalizó los pensamientos de algunos de nosotros cuando indicó, valiéndose de su único pedazo de anglosajón: “¡Al diablo con la grasa!” [“to Hell with the oil!”].

Atracamos en la noche al inicio de unos rápidos en los que poco tiempo antes había naufragado un vapor. El río llevaba poca corriente y las embarcaciones no se atrevían a aventurarse de nuevo. El día había sido muy pesado para mí y tenía pocas ganas de pescar, quizás por la horrible comida. A la mañana siguiente nuestro equipaje fue trasbordado a otro vapor que nos esperaba más allá de los rápidos. Sacamos mi equipo de cocina y preparamos sopa de arveja y huevos revueltos, lo que constituía un cambio muy aceptable frente a la carroña del día anterior. Mientras estábamos en este punto se emplearon grandes explosivos para remover en parte la obstrucción del río.

A la mañana siguiente comenzó nuestro viaje en el tercer vapor, donde nos dieron otra vez porquerías al desayuno. El capitán era un tipo en extremo indolente y arrogante, al que se le sirvió la comida en una mesa separada de la del resto de los pasajeros. Después del desayuno, Banneau y Monsanto consiguieron hablarle en un español fluido y expresarle la opinión que tenían de él y del servicio. El resultado fue que nos condujo a una pocilga desolada, agostada, repleta de barro y tostada por el sol, donde un miembro de la tripulación consiguió huevos y gallina para el almuerzo, que resultó bueno. Yo aproveché la ocasión y conseguí cinco granadas por cinco centavos.

El río, en este tramo superior, pasa en determinado punto entre elevadas colinas, lo que parece indicar que en la parte alta hubo un lago antes de que el Magdalena labrara su curso. Nadie supo durante horas cuándo llegaríamos a Girardot. De repente, a las cuatro de la tarde pasamos una curva del río, atravesamos un puente de hierro y apareció la población frente a nosotros. La ribera está cubierta de lajas del lado de la ciudad y todas estaban ocupadas por cientos de lavanderas. Había también varios vapores amarrados a la orilla. Banneau logró que transportaran todas nuestras pertenencias hasta el hotel y tuvo con el jefe de los cargueros una disputa más violenta que en las ocasiones anteriores en torno al precio del flete, sin que lograran ponerse de acuerdo. Después estaba temeroso de salir a la calle en horas de la noche. Finalmente, el carguero, viendo que no podría conseguir nada más, aceptó el ofrecimiento de Banneau y nos indicó entre sonrisas que esperaba “transportar nuestras cosas una vez más al mismo precio cuando regresáramos”. En realidad, era una tarifa muy barata: veintitrés piezas portadas por los cargueros en su propio lomo desde el vapor hasta el hotel por un dólar con cuarenta y cinco centavos.

Girardot, que tiene más de diez mil habitantes, es la capital de la provincia del mismo nombre.

El equipaje que quisiéramos llevar con nosotros tenía que ser aforado en la tarde, pues nos embarcaríamos en un tren muy temprano hacia Bogotá¹⁹. El viaje transcurrió primero por una zona llana, pero después empezamos a trepar, serpenteando por la montaña y, cuando ya no había espacio para las curvas, avanzó hacia adelante y hacia atrás, en un ascenso zigzagante²⁰. Hacia la mitad del trayecto nos detuvimos a almorzar: un festín de frutas tropicales. Atravesamos una cerca de helechos arbóreos, cultivos de café, moras, mangos, bananos, maíz, cañaduzales, duraznos, uvas y piñas, y empezamos a darnos cuenta de las posibilidades de este país. Se ha dicho que “el turista solo necesita un termómetro y una mula para encontrar cualquier clima en un trecho de pocas millas”. El paisaje era muy bello. Cada vez pensaba que ya no podía serlo en mayor medida y fotografiaba sin cesar, pero mientras más subíamos más hermosa resultaba la vista, hasta que, hacia las tres de la tarde, después de pasar por algunas minas de carbón a una altura de 8795 pies [2680 m],

atravesamos la cima de la cordillera y llegamos a la sabana de Bogotá. Las laderas estaban todas cultivadas. En Fagatativa [sic: Facatativá], a una elevación aproximada de 8500 pies [2591 m]²¹, cambiamos de tren. Estuvimos cerca de una hora en Fagatativa [sic] y en ese momento conocí a Harry Cutbill, el gerente de la vía entre Girardot y este punto. Él me presentó al doctor Felipe Zapata, el joven administrador del Ferrocarril de la Sabana, que me llevó en su carro a Bogotá. Era el más entusiasta y patriótico caballero colombiano dispuesto a ayudarnos en cuanto estuviera en sus manos: y efectivamente lo hizo. Se trataba de un ferviente partidario de la gran sabana de Bogotá que, según él, era todo un jardín. [Isaac F.] Holton calcula que la Sabana posee algo más de 1378 millas cuadradas [2217 km²].

Bogotá, la capital de Colombia, está situada en el extremo oriental de la Sabana, que es un altiplano en la base de los cerros de la cordillera Oriental. La altura de la ciudad es de 8564 pies [2610 m], aunque los cerros adyacentes se elevan desde sus mismas calles hasta los 10 463 pies [3189 m].

Bogotá está situada en el borde de lo que puede considerarse como una llanura de aproximadamente 360 millas cuadradas [579 km²], en medio de la cual se levantan algunas colinas. Esa llanura es drenada por un río perezoso que irrumpe a través de las montañas situadas a un extremo de la Sabana y desciende rápidamente hasta la cascada del Tequendama, desde donde avanza como un torrente hasta el valle [del Magdalena] por la llanura más meridional y más extensa de las que componen la cordillera de Bogotá. Consiste esta, en buena medida, en estrechos valles que se extienden entre cerros conformados casi como penínsulas. Su elevación en la parte media es de 2570 m. Sus márgenes se levantan imperceptiblemente entre diez y veinte metros hasta Bojacá, Facatativá y Bogotá, y en su fracción sur hay algunos estanques poco profundos y pantanosos. En ciertos lugares hay yacimientos de turba, y capas de ella se han hallado en pozos. No hay duda de que la sabana de Bogotá fue antiguamente un lago destruido por depósitos y por un desbordamiento que finalmente abrió un desagüe. El lago fue quizás el resultado de la formación de las montañas. La erosión no pudo seguir el ritmo de la elevación y el valle de Funza y sus tributarios se transformaron en un lago.

Poco oro se saca en estos tiempos de los Andes de Bogotá. Cerca de la ciudad se puede encontrar carbón entre los pisos de Guadalupe y Guaduas, del Cretáceo. La sal se halla en las llanuras al norte de la Sabana, en Zipaquirá y Nemocón, en cerros bajos y redondeados que circundan por tres lados montañas más altas de arenisca. Ese, como los demás depósitos, pertenece al Cretáceo.

Bogotá tiene un clima poco fluctuante, puesto que el promedio de temperatura más bajo desde 1892 corresponde al mes de julio de 1880 con 59 °F [15 °C] y las más altas a julio de 1881 con 63 °F [17,2 °C]. La fluctuación durante el día es de más o menos 13,5 °F [10 °C]. El promedio anual es de 61,30 °F [16,1 °C], mientras que el de Honda es de 84,50 °F [29 °C]. Entre los 300 y los 4000 metros de altura, la temperatura disminuye en razón de casi un grado por cada cien metros.

Los registros históricos de Bogotá comienzan en 1536, solo cuarenta y cuatro años después del descubrimiento de América. Ese año Gonzalo de Jimenez [*sic*] de Quesada salió de Santa Marta hacia el interior de Colombia. Viajó por el río Cesar hasta Tamalameque, en las riberas del Magdalena, y remontó este río hasta poco más arriba de Barrancabermeja (situada a los 7° 10' de latitud norte). Así llegó al reino de los chibchas en los alrededores de Vélez (más o menos a 6° 5' de latitud norte), adentrándose sin mucha dificultad hasta Suesca, en la cuenca del Funza. Este último era también el nombre dado entonces a Bogotá, cerca del centro de la Sabana, donde conquistaron al zipa o cacique. En 1536, Quesada [*sic*] fundó Santa Fe, la Bogotá de nuestros días, en el lugar ocupado por el poblado indígena de Teusaquillo.

Un año antes de que Quesada saliera desde Santa Marta, George von Speir [Georg von Speyer] cruzó la cordillera de Mérida desde Coro, cerca del lago de Maracaibo, y recorrió la base de la cordillera Oriental hasta Papamene. Su lugarteniente Federmann lo siguió hasta los 4° de latitud norte y cruzó hasta Pasca, alcanzando la sabana de Bogotá unos cuantos meses después de Quesada.

Más o menos en el mismo momento, una tercera expedición salió de Quito bajo el mando de Sebastián de Belalcázar, un oficial de [Francisco] Pizarro. Junto con sus subordinados, algunos de los cuales se le adelantaron hasta el actual

emplazamiento de Cartago, pasó por el lugar que hoy ocupa Popayán, avanzó a lo largo del Cauca hasta la mencionada Cartago, cruzó la cordillera Central y desde la desembocadura del río Sabandija en el Magdalena, situada entre Ambalema y Honda, ascendió en 1538 a la sabana de Bogotá, donde se encontró con los demás exploradores.

Bogotá es un lugar retirado. Cuando uno llega hasta allá es porque se empeñó en ir; no es como otras ciudades que quedan en medio de un camino que conduce a otra parte, por lo que los viajeros pueden llegar a ellas inopinadamente. Tiene más o menos 122 000 habitantes. Al referirse a los métodos de su fundación por Jimenez [sic] de Quesada, [Santiago Pérez] Triano [sic] dice: “Escogió un paraje en la Sabana que se le acomodara –precisamente donde la ciudad se levanta actualmente– y vestido con toda su armadura, rodeado de sus compañeros y de una multitud de indios, arrancó algunas hierbas del suelo y desenvainando su espada, declaró que tomaba posesión de la tierra para mayor gloria de Dios, como propiedad de su rey y señor, Carlos V de España. Entonces, dirigiendo a cuantos lo rodeaban una mirada altanera, los desafió a todos y cada uno a un combate en caso de que contrariaran aquel acto. Naturalmente, ninguna disputa emergió y el título quedó en firme. ¡Tenían maneras peculiares aquellos viejos conquistadores españoles!”²².

Nos alojamos en el Hotel Europa justo detrás de la catedral. Fue una alegría estar nuevamente instalado de manera civilizada en un hotel presidido por un anfitrión venido directamente de Alemania²³. Había jóvenes de este mismo país hospedándose aquí y representantes de varios ferrocarriles de Colombia, a quienes parecía adecuado residir cerca de la sede del poder temporal, aun cuando estuviera este alejado de sus máquinas de vapor. Uno de ellos había comprado miles de pieles de colibríes pues ¡planeaba confeccionar un abrigo para su esposa²⁴!

Banneau presidía nuestra mesa, en torno a la cual nos sentábamos Bierhaus, Monsanto y yo. Comimos sopa, pichón, carne asada, papas, arvejas, lechuga y rábanos, *pancakes à la Banneau*, “dulce”, fruta, incluyendo mangos, café. Los mangos eran grandes y estaban maduros y deliciosos. Me excuso por recordar

con alegría este banquete. Si una disculpa es necesaria, debo decir a mi favor que escribo acostado boca arriba, después de tres semanas a punta de leche y tostadas, una dieta inevitable por las fiebres contraídas en Suramérica.

Me acostumbré a retirarme temprano, a levantarme cuando me despertara, por lo general entre medianoche y las tres de la mañana, a dedicar entonces una hora o dos a escribir cartas a mi familia, que me servían de apuntes, y luego a dormir nuevamente hasta que amaneciera. Comencé la jornada a las siete con una visita al mercado y encontré allí peces vivos a la venta. Se trataba de los “capitanes”, descritos por Humboldt casi cien años atrás ¡y no registrados desde entonces! Pero mi equipaje personal no había llegado todavía y yo andaba vestido con ropa para la zona tórrida y el clima era cualquier cosa menos tropical, así que regresé al hotel. Hacia las diez, una mujer indígena vino cargando mis pertenencias sobre su espalda, mientras a su lado caminaba su arriero (¿cómo más podría referirme a él?). Es el uso del país²⁵. Llamamos al establecimiento de los Hermanos Cristianos que están a cargo de los asuntos educativos en Bogotá. Sus instalaciones se encuentran en una calle empinada detrás de la ciudad y ofrecen una magnífica vista de ella. Banneau, que se había educado con esos mismos religiosos en París, encontró amigos allí, y yo hallé una compañía placentera en el hermano Apolinar María, director del excelente museo local. Nos prometió que a la mañana siguiente enviaría a su hermano, a la vez espiritual y de sangre, para que nos acompañara a una excursión de pesca. [Apolinar] María es un hombre sencillo, natural de Alsacia. Está construyendo un museo local y ha empezado a publicar una pequeña revista dedicada a la historia natural de Colombia²⁶. Las costumbres católicas con respecto al domingo persisten. La “mañana siguiente” era precisamente domingo, así que le dije que no deseaba sacar a su hermano, perteneciente también a la confraternidad, de sus oraciones. “Oh –me dijo–, puede asistir a las que tienen lugar antes de las ocho e ir a pescar con ustedes después”. Y eso fue precisamente lo que hizo. Condujimos un carro hacia el norte y atravesamos Chapinero hasta un paraje cuyo nombre ahora se me escapa. Vimos a unos indios jugando a lanzar herraduras [seguramente se refiere al juego del tejo] y el joven María les dijo que necesitaba su ayuda, pero que, si se negaban, conduciríamos hasta el

próximo pueblo para hablar con el cura, a quien conocía, pues todo lo que dice un sacerdote en este país, se hace. Los indios vinieron con nosotros, trayendo sus propias redes, hasta un arroyo cercano, y en pocos minutos atrapamos especímenes de toda la ictiofauna conocida de la Sabana, así como una nueva especie. Toda la pesca se llevó a cabo en un área de quince pies de ancho [4,3 m] por menos de cien [30 m] de largo. El método empleado por los indígenas era único y muy probablemente de origen prehispánico. Tenían una red de mano de mango largo, aproximadamente de cinco pies [1,5 m] de diámetro; uno de ellos la sostenía en el agua mientras los otros batían la quebrada con palos en dirección del primero. La red, rápidamente sacada del agua, contenía algunas guapuchas y unos cuantos capitanes, que eran bellamente moteados, como la mejor trucha. Tras unos pocos intentos semejantes, les mostré a los indígenas cómo usar mi red de recolecta de quince pies [4,5 m]. Tenían que meterse en el agua, pero al llegar a la orilla quedaron encantados con el resultado, pues sacamos cientos de guapuchas y muchos capitanes de las dos especies: la más grande, *Eremophilus mutisii*, endémica de la Sabana, y la más pequeña, un *Pygidium bogateuse* [sic: bogotense] nuevo [para la ciencia], hasta donde yo sé, cuyo territorio también coincide con la sabana de Bogotá, pero perteneciente a un género de muy amplia distribución. Como el capitán tiene la costumbre de enterrarse en las orillas, después de que los indios entraron en el agua helada sumergieron sus manos en los huecos de la ribera y sacaron muchos más. Habíamos llevado el almuerzo y, condimentado con el éxito obtenido, nos pareció sabroso. Regresamos a la ciudad en la tarde.

Había llamado a la legación estadounidense el día anterior, donde conocí al explorador [geógrafo y geólogo] Alexander Hamilton Rice [Jr.], y fui invitado por el ministro Du Bois a una audiencia con Su Excelencia el presidente, en el momento en que tuviera a bien recibirnos. ¡La audiencia tuvo lugar precisamente mientras estaba pescando! También conocí en la legación a un médico estadounidense. Al comentarle que veintiún años antes ya planeaba visitar la ciudad, me respondió que, cuando más de treinta años atrás leyó que era esta la tierra de la eterna primavera decidió venir, vino en efecto, y fijó aquí desde entonces su residencia. Disfruté de la hospitalidad del señor James T. Du Bois

en diversas ocasiones. Estaba haciendo verdaderos esfuerzos por componer las viejas y cordiales relaciones entre los Estados Unidos y Colombia. Sus afanes eran ciertamente apreciados por las autoridades de Bogotá, de cuya confianza gozaba plenamente. Pero lo mejor que su gobierno tenía para ofrecer no era aceptable para Colombia. Desde entonces, como individuo particular, ha abogado en la prensa y como académico por la causa colombiana²⁷.

El capitán de Bogotá, el *Eremophilus mutisii* de los naturalistas, fue descrito por Humboldt durante su visita. Se le llamó así en honor al botánico [José Celestino] Mutis, que en esa época vivía en la ciudad. Sin duda servía de alimento a los indígenas desde mucho antes de la Conquista española y será por tiempo indefinido “el capitán”, un individuo de consideración y distinción. Sus hábitos, ya descritos, lo librarán de la extinción, aunque la pesca se incremente. Es un miembro de los Pygidiidae [hoy Trichomycteridae], familia emparentada con nuestros peces gato y endémica de Suramérica. El género principal [de este taxón], *Pygidium* [actualmente *Trichomycterus*], se encuentra de un extremo a otro de los Andes, así como en otras partes montañosas del subcontinente. El *Eremophilus* se caracteriza por la ausencia de aletas ventrales, una peculiaridad que distingue también a los *Orestias*, de las altas montañas del lago Titicaca, del resto de sus parientes²⁸. Las aletas ventrales desaparecen quizás más rápidamente en las especies de alta montaña que en las de las tierras bajas, si bien la anguila, que también carece de ventrales, no las perdió por vivir en un hábitat elevado. El capitán se encuentra tanto en los lagos como en las aguas corrientes, de manera que las pescaderas del mercado distinguen los ejemplares provenientes de los primeros de los originarios de las últimas. Hubo evidentemente una variación considerable, pero no podría aseverar si esta se relaciona con su procedencia. Recientemente me fueron remitidos tres ejemplares: uno blanco, otro ciego y el último variegado.

Estos especímenes sugieren que quizás hay una especie blanca y ciega que en ocasiones se hibrida con la forma usual. Los peces suelen ser tan abundantes y habitar en tantos entornos que es difícil separar las especies elementales. En esta meseta aislada, que tiene pocas especies, aun cuando muy abundantes, el proceso evolutivo elemental debería ser fácil de comprender. Al parecer está

ocurriendo un proceso evolutivo similar al de las especies diversas de *Orestias* en el Titicaca y al de las numerosas de *Chirostoma*, en el río Lerma, en México.

El capitán carece de escamas y de espinas en las aletas, su forma se asemeja a la de una anguila pequeña y gruesa, y su color, al de una trucha lacustre. Su boca es bastante pequeña, posee dos barbillas en cada lado de la boca y otra en las fosas nasales. Sus opérculos están provistos de muchas pequeñas espinas capaces de erguirse, que sin duda funcionan como codos para abrirse camino hacia los lados y por el fondo de las quebradas. A juzgar por el gran número de estos peces que se encuentran vivos en tanques en el mercado, debe ser inmune a las aguas muy contaminadas. Probablemente no sería difícil aclimatarlo en algunos de nuestros arroyos y pantanos estadounidenses y aún más en muchos de los suramericanos.

El *Pygidium bogotense* [hoy *Trichomycterus bogotensis*] tiene la apariencia de un capitán joven, pero posee aletas ventrales.

La guapucha (*Grudulus bogotensis*) es el único pez con escamas de la sabana de Bogotá, que es su hábitat principal, aunque puede encontrarse en algunos de los arroyos por fuera de ella. Si se lanza la red en un riachuelo de tierra caliente y en uno de la Sabana, quizás saldría el mismo número de peces con escamas, pero mientras en el primer caso resultarían muchas especies, en el segundo solo habría guapuchas. Estas alcanzan tres pulgadas y media [8,9 cm] de largo y, que yo sepa, no se comen. Pertenecen a la gran familia de los carácidos, distribuida universalmente en la América tropical. Carecen de aleta adiposa, un órgano inútil preservado en la mayoría de los carácidos. Aunque hayan divergido de sus características ancestrales, ya se ha señalado antes que los órganos insignificantes e inútiles, sin consecuencias en la selección [natural], pueden persistir e indicar un parentesco en los animales. Mientras tanto, los órganos de importancia vital que guardan relación con aspectos físicos y biológicos del entorno llegan a padecer tan profundas modificaciones que encubren los vínculos familiares. La aleta adiposa es uno de esos órganos insignificantes, que ha persistido en casi todas las especies [de carácidos]. Las guapuchas también se distinguen por tener la nuca sin escamas, una característica única

que no se encuentra en las demás especies de la familia. Están obviamente emparentadas con todos los carácidos, pero sus más cercanos parientes son los Aphyocharacinae, un grupo [subfamilia] de amplia distribución en las tierras bajas. La guapucha, al igual que el capitán, fue descrito por Humboldt, quien pasó totalmente por alto sus vínculos [taxonómicos] y la ubicó entre los “*poe-cílicos*”²⁹. La localidad [de recolecta], el nombre dado a la criatura y el descubrimiento del prusiano de que poseía dos vejigas natatorias no dejan duda de que se trata de esta misma especie.

Un señor inglés que se alojaba en nuestro hotel me habló de un pez propio de un lago ubicado a mucha mayor altitud, pero, por su extravagante estimación de lo que costaría traernos unos cuantos especímenes en su próximo viaje, corresponderá a alguien distinto determinar si se trata de una guapucha o no.

En su obra *The Conquest of New Granada*, sir Clements R[obert] Markham cuenta la historia de la laguna Guatavita y El Dorado. Habiéndose enterado el cacique de que su esposa lo traicionó con un cortesano, mandó que este fuera ejecutado. La esposa se metió a la laguna con su hijo y ambos murieron ahogados. El cacique, arrepentido de su ira, ordenó al hechicero principal que los reviviera. El chamán se sumergió entonces en la laguna y al regresar informó que la mujer y el niño se encontraban ahora mucho más a gusto que en la residencia del cacique y que, por lo tanto, no regresarían.

Cada año los caciques iban en barcas al centro de la laguna para hacer regalos ceremoniales. El cuerpo del cacique de Guatavita, completamente desnudo, era embadurnado y posteriormente cubierto con polvo de oro, de manera que parecía un hombre dorado, El Dorado. Entonces se sumergía en la laguna, mientras se lanzaban al agua ofrendas del metal precioso. Las orillas estaban repletas de devotos, cada uno de los cuales llevaba su propio obsequio [...]

Se cuenta que, a la llegada de los españoles, grandes cantidades de oro fueron lanzadas a la laguna de Guatavita. Solo el cacique de Simijaca habría arrojado cuarenta quintales de oro fino. Los españoles, sedientos de oro, trataron de secar el lago. Lázaro Fonte lo intentó primero, después Antonio de Sepúlveda

en 1580. Los sondeos arrojaron veinticinco brazas. Alrededor de seis mil ducados fueron hallados cerca de la orilla. Pero como no había fondos suficientes, la empresa fue abandonada³⁰.

Posteriormente se hicieron nuevos intentos para sacar el oro del fondo de la laguna. En el momento de mi visita, una compañía inglesa estaba trabajando en ello en virtud de una concesión. Había sacado agua de la laguna y conseguido algunas piezas de oro que vendió en Inglaterra por un valor mucho mayor al de su metal.

[Santiago Pérez] Triano [sic] cuenta acerca de un intento anterior semejante. Un señor colombiano exhibió varias de estas piezas, asegurando que las había obtenido sumergiéndose en la laguna y pretendió constituir una compañía y vender acciones para conseguir más. Tuvo éxito en la operación hasta que un amigo observó: “Si usted puede obtener estas joyas buceando, ¿por qué vender acciones? Mejor sígase zambullendo”. Hasta ahí llegó la venta de acciones³¹.

En la mañana del lunes 5 de febrero de 1912 fui en tren hasta Madrid para recolectar en el río Zerreuela [sic]. Contraté a dos indígenas que faenaron con las redes y compré algunos peces. Estos son los mismos en toda la Sabana. Detrás del pueblo de Madrid hay un cerro y desde allí se obtiene una magnífica vista de la población. El patio del hotel tenía muchas orquídeas, pero ninguna con flores hermosas.

Esa mañana vi la primera serpiente del viaje. No tenía más de dieciocho pulgadas de largo [45,7 cm] y nadaba a lo largo de la orilla opuesta del arroyo, de manera que no pude atraparla. Si bien “caimán” o “culebra” son palabras que hacen cundir el pánico entre la gente tímida, en realidad el peligro es menor. Solo vi tres serpientes en todo el viaje. La segunda era otro ejemplar pequeño en el río en Piedra [de] Moler y la tercera estaba muerta en medio del camino en el valle del Cauca.

Uno de mis pescadores en Madrid era un típico indígena de la zona. Era cortés, deferente. “Con permiso” se escucha una y otra vez. Les parece necesario satisfacer cualquier requerimiento como por rutina. No se regatea con ellos como con los cargueros en el río [Magdalena]. Me dieron la impresión de que se les

usaba como bestias de carga desde hacía tanto tiempo que cualquier idea de resistencia había sido aniquilada en ellos.

El río Funga [sic: Funza] evacúa el agua de la Sabana y se ha abierto camino a través de un brazo de montañas ubicado al suroccidente, que en este punto se alza a la manera de pequeñas colinas sobre la planicie. El curso desciende rápidamente desde el margen de la Sabana hasta el salto del Tequendama. Fui hasta allí en tren una mañana. Desde la estación del ferrocarril el viaje a caballo dura dos horas. Contraté a un indio para que cargara mi red y el alcohol. Pagué dos dólares por el alquiler del caballo y cuarenta centavos al indígena, cantidades que me fueron solicitadas en cada caso. El indio y yo llegamos al mismo tiempo a la cascada, a pesar de que él iba a pie. En el punto mismo en que el río rompe la montaña, a la entrada del cañón se construyó un pabellón ornamental. El agua cae con rapidez durante las primeras cien yardas aproximadamente [91,44 m], por lo que se ha aprovechado para producir energía eléctrica para Bogotá³². Toda la cascada es interesante, aunque la caída no conserva la velocidad que lleva en un comienzo. Desde lejos se veían elevarse nubes de niebla desprendidas de la parte superior que, según pudimos comprobar después, provenían del Salto. En el momento de mi visita, el agua, en el punto exacto del despeñadero se encajonaba por un estrecho canal desde el cual saltaba en borbotones y chorros hacia el espacio y llegaba como un velo vibrante a la base de la cascada. El Salto se observa ventajosamente desde el camino, por lo que pude tomar una serie de fotografías con diferentes tiempos de exposición. La niebla que se levantaba era tan densa que en ocasiones llegaba a ocultar completamente toda la cascada, así que debí aguardar a que el viento la disipara momentáneamente para tomar las imágenes. El caudal, la niebla cambiante, las colinas que se levantan sobre el Salto componían un cuadro de rara belleza. Tan hermoso, aunque no tan grandioso e impresionante como las cascadas Kaieteur [en Guayana Británica], que son varias veces más anchas, aun en tiempos de sequía, y mucho más elevadas. Rice, que recientemente midió la altura del [salto del] Tequendama sobre el nivel del mar, calcula, como [Wilhelm] Reiss y [Alphons] Stübel, que en la cima alcanza los 7741 pies [2359 m]. [Jean-Baptiste-Louis] Gros atribuye a la parte inferior una

El Alto Magdalena y la sabana de Bogotá

elevación de 7249 pies [2209 m], una diferencia de 492 pies [150 m]. [Alfred] Hettner estima la altura de la cascada en 465 pies (150 m)³³.

La ladera detrás del camino estaba cubierta de flores y arbustos, flores de la zona templada que rivalizan en abundancia y color con los prados montañosos de Colorado. ¡Y había moras! Humboldt, cuyo entusiasmo a menudo le nublabla el juicio, afirmó que el Funza en el salto del Tequendama empezaba en la zona templada y concluía en el trópico.

Fue una pena que por falta de tiempo no pudiera bajar a pescar en la parte inferior de la cascada, pero mi licencia solo se extendía hasta el primero de abril. Escribí a casa desde este lugar:

Debería quedarme aquí una semana, y si no fuera tan concienzudo o si el rector Bryan fuera menos generoso conmigo en cuestiones de tiempo, lo haría. Me detendré uno, quizás dos días, en la ruta hacia Girardot y otros tres días en este puerto. Me encaminaré hacia Buenaventura más o menos el 13 de febrero y llegaré allí alrededor del primero de marzo. Así, solo me quedará un mes para explorar el San Juan y el Atrato, si me quedo todo marzo, lo que aun mi consciencia me sugiere hacer.

El miércoles terminé de empacar mi tesoro y al día siguiente salí para Girardot, habiendo gastado solo una semana en el viaje a la Sabana. Dejé tantas cosas por hacer que solo con gran reticencia preparé mi salida de Bogotá. Antes de viajar contraté a Manuel González, un habitante local, como sirviente, cuya ayuda resultó a la postre invaluable. Mr. Bierhaus estaba agotado y emprendió en el mismo momento su regreso a casa.

La altura sobre el nivel del mar de varios lugares ubicados a lo largo del Magdalena es en pies:

Puerto Berrío 542 [165,2 m], según Cattell; Honda 656 [199 m], según Reiss y Stübel; Ambalema 787 [239,8 m], según Reiss y Stübel; río Magdalena en Girardot 1035 [315,4 m], según Reiss y Stübel; Neiva, 1312 [399,8 m].

Viaje por Colombia en 1912

La altimetría desde Monserrate, cerro ubicado detrás de Bogotá, hasta Buena-ventura en el Océano Pacífico, a lo largo de la ruta seguida es, recopilada de diversas fuentes (en pies):

Monserrate 10463 [3189 m], según Reiss y Stübel

Bogotá 8560 [2609 m], según Reiss y Stübel

Madri[d] 8429 [2569,1 m], según Reiss y Stübel

Facativá, 8462 [2579,2 m], según Reiss y Stübel

Facativá, 8573 [2613 m], mapa de los Ferrocarriles
Nacionales de Colombia³⁴

Estación de trenes en Girardot, 1056 [321,8 m]

Cuatro Esquinan [sic], Gualandai [sic] 1566 (quinientos pies más arriba de
Girardot según el barómetro) [477,31 m]

Ibagué, 4880, International R[ail] R[oad] Survey [1487,4 m.]

Morae [sic], 6790, según aneroide [2602, 69 m], 2069,59 pies
[631 m] por encima de Ibagué

Toche, 6040, según el aneroide [1840,9 m], 750 pies [228,6]
por debajo de Morae [sic]

Volcancito, 10 000 [3048 m] por conjetura

Paso del Quindío, 11 300 [3444,2 m], International R[ail] R[oad] Survey

Salento, 6510 [1984,2 m], International R[ail] R[oad] Survey

Boquía, 5285 [1610,8 m], International R[ail] R[oad] Survey

La Balsas [sic], 4335 (?) [1321,3 m], conjetura

Piedra [de] Moler 3405 [1037,8 m], conjetura

Cartago, 3012 [918 m], International R[ail] R[oad] Survey

El Alto Magdalena y la sabana de Bogotá

Cali, 3312 [1009,4 m], Cattell

Cima de la cordillera Occidental, 8000 [2438,4 m]

Caldas

Cisneros

Buenaventura

De Bogotá al Pacífico

Hacía tanto frío cuando salimos de Bogotá a las 7:30 de la mañana que me puse ropa muy abrigada de invierno. Me fui despojando de ella a medida que bajábamos de la Sabana, de modo que al llegar a Girardot estaba vestido con mis prendas más frescas de verano.

Se encontraban en el hotel Mr. Du Bois, hijo del embajador [estadounidense], y numerosos señores que había conocido en Bogotá, con quienes me puse a conversar dilatadamente. Cuando expuse las dificultades que encontré para obtener de “Mike” un “pase”, alguien replicó:

—¿Por qué no acudes a Mr. ... aquí mismo? Él podría conseguirte uno.

Repliqué:

—¡No sabía que estuviera en condiciones de ayudarme!

–¡Cómo! Si es uno de los reyes de la minería en Estados Unidos.

–Pues todos ustedes lo oyeron decir que patrocinaría una de mis expediciones si [él] lograba ganar un millón de dólares en este viaje.

Como todos dieron fe de ello, el señor me llevó aparte tras la cena y me dijo confidencialmente que tendría que ganar un poco de dinero, pero que, si lograba dos millones de dólares de utilidad en su viaje, *patrocinaría* una expedición. Dejamos las cosas de ese tamaño.

El viernes en la mañana volvimos a empacar los peces recolectados y en la tarde fuimos aguas arriba por el Magdalena hasta la desembocadura del río Bogotá. El Magdalena lleva mucha corriente poco después de Girardot, así que costó mucho trabajo navegar. Nos detuvimos en un banco de arena en el que había un campamento de pescadores. Usan estos de vez en cuando una larga red, siempre en el mismo lugar, con el propósito de atrapar al gran bagre tigre. Nuestras capturas más preciadas de la tarde fueron un nuevo *Megalonema*, un pez gato amarillo, y el llamado “pez ciego”, un bagre de ojos vidriosos (*Hemicetopsis othonops* [actualmente *Cetopsis othonops*]), que, como el primero, era desconocido para la ciencia. El ojo es bastante grande, pero está cubierto por una gruesa piel opaca que se extiende también por el resto de la cabeza. No tiene el margen orbital libre. Era la primera vez que un miembro de su familia o de su subfamilia, la Cetopsinae, era encontrado en el Magdalena. Más adelante obtuve otras especies en el Atrato y en el San Juan. A la mañana siguiente envié a Manuel con algunos pescadores a recolectar, mientras yo preparaba nuestras muestras y fotografiaba la ribera.

Las lavanderas resultaron un espectáculo interesante. Vi a una muchedumbre de mujeres descender hasta las lajas de la orilla, por debajo del atracadero del vapor. Allí cambiaron su ropa de calle por una única pieza que atan encima del hombro. Lavaban y estregaban las prendas en la orilla y luego las extendían sobre las rocas para blanquearlas y secarlas. Cuando para una u otra la temperatura se tornaba demasiado caliente, tomaban una totuma llena de agua y se la echaban encima de la cabeza; ocasionalmente alguna se sumergía en el río, en donde se sentían tan cómodas como en la tierra. Cuando salían, se

quitaban la ropa mojada y se ponían la que usan en la calle. Como en ningún momento dos mujeres hacían lo mismo, era tan interesante observarlas como a una colonia de leones marinos que se divierten. Hay una especie de suburbio río arriba de la ciudad, y gran parte del agua que se usa en este como en la población principal se saca del trecho del Magdalena que discurre entre ambos lugares y se acarrea de una u otra manera a los diferentes barrios. Con muy pocas excepciones, los procedimientos para obtener agua en las poblaciones de Colombia son del tipo más primitivo. La mayor parte del líquido es transportada, o bien en grandes cántaros que llevan las mujeres sobre sus cabezas, o bien en canecas metálicas, conducidas por burros o por dos hombres con ayuda de pértigas sostenidas sobre sus hombros. Igualmente, para acarrear agua desde un río o un arroyo, se emplean canutos de guadua que conducen los caballos atados a sus flancos³⁵. En la ruta entre Girardot e Ibagué me topé con una chica indígena que llevaba una totuma llena de agua colgando de su espalda, gracias a una banda que le cruzaba por la frente.

En [La] Balsas [sic], el caño que corre en medio de las calles es frecuentado durante el día por los cerdos y se emplea también en muchos otros usos poco higiénicos. Temprano en la mañana, las chicas vienen a la zanja provistas de trozos de guadua acordes a su fortaleza: los tienden en sitios específicamente preparados para ello y una vez llenos de agua los tapan con un trapo. Si se le ha sacado todo el aire, el trozo de guadua puede ser cargado en los hombros horizontalmente sin riesgo de que su contenido se derrame³⁶.

En muchos lugares las quebradas bajan de las montañas con tal inclinación que sería muy sencillo construir redes de abastecimiento de agua, pero en su mayoría el líquido es transportado siguiendo métodos primitivos. En Caldas [actualmente Dagua], un pequeño pueblo cerca de la costa [Pacífica], el agua se saca de un arroyo hacia una zanja de menos de un pie de diámetro [30 cm]. Cuando pasé por ahí, un negro se estaba lavando los pies en el pequeño acueducto. Le referí a la dueña de la pensión lo que había visto y le advertí que no usara el agua del grifo, pero se rio con desdén y replicó: “Vea, usted no va a tomar el agua que lavó esos pies”. Durante el tiempo que permanecí en Caldas bebí agua embotellada.